

Todos probamos la miel, luego el cuchillo

Daniela Sheathes



Daniela Sheathes
TODOS PROBAMOS
LA MIEL, LUEGO EL CUCHILLO

Capítulo 1

Galilea era la chica más guapa que había visto en la ciudad, de cuerpo delgado y labios medianos y carmesí, con el sol su piel se volvía rosa y dejaba a la vista sus pecas. Era como un espíritu embutido en una forma incapaz de contenerlo. Su cabello era negro, largo, ligeramente rizado, y casi siempre volaba con el viento. Galilea siempre estaba o muy alegre o muy deprimida, para ella no había término medio. Algunos decían que estaba loca. Otros que quería llamar la atención. Lo decían los idiotas. Los idiotas no podían entender a Galilea, y lamento decir que yo tampoco lo conseguí, me gustaba observarla mientras reía cuando estaba con sus amigas, y me hubiese gustado preguntarle por sus silencios después de las risas o el porque lloraba a mitad de la nada y tras minutos regresaba a ser la misma persona con amplias sonrisas que demostraba ser o sobre todo lo que la gente solía decir de ella.

Y claro que conocía a Galilea de una manera superficial como todos ahí, al parecer era una de las chicas más mencionada dentro de la preparatoria cuando se trataba de rumores, por eso en parte me interesaba ella.

Había decidido tomar asiento detrás de su butaca para poder acercarme a las respuestas que quería, pero además porque quería conocerla, baje la mirada encontrándome con la chica de mala reputación llorando, baje mi mochila y me acomode en mi asiento inclinándome hacia donde ella estaba.

— ¿Estas bien? —Pregunté, ella no respondió nada— ¿Sucede algo? ¿Por qué lloras? ¿Todo bien?

Ella volteó a verme con una sonrisa a medias mientras mantenía sus ojos llorosos y limpiaba su nariz con la manga de su suéter tejido, frunció el ceño.

—Estaba leyendo algo y me pareció muy triste—sonrió—. Es todo.

Volvió a sonreírme, de una forma más melancólica y profunda. El profesor de la materia de cálculo carraspeó a lo que ella volteó su cabeza para devolverla al frente, por mi parte también preste atención a la clase, Galilea se había limpiado las lágrimas, desprendiendo la mirada del profesor para devolvérsela a Arturo, que no era más que un idiota más que creía en los rumores que habían hecho de ella, y aunque creía que era demasiado no comprendía como ella podía fijarse en alguien como él, aunque tenía sentido cuando se le escuchaba hablar a él, elocuencia a la mayoría de las personas, sus palabras eran tan dulces como el azúcar,

pero llenas de veneno.

La clase terminó, varias personas se acercaban a su asiento y ella les respondía todo con una sonrisa irónica que pareciera que bromeaba en todo lo que decía, para cuando toque su hombro, ella volteó atenta a mirarme esperando a que hablase, sin embargo, las palabras no salieron con facilidad de mi boca, nunca había sido bueno con las palabras, me costaba mucho. Ella levantó las cejas esperando que hablase, pero aquello no sucedió, me golpeé mentalmente ante ello.

— ¿Cuál es tu nombre? —Pregunté ante la desesperación, ella frunció el ceño y me miró conteniendo su risa—. Soy nuevo y desconozco los nombres de casi todos.

—Claro —Alargó la última letra con ironía, yo solo sonreí—. Tú no eres nuevo, llevas al menos cinco meses aquí y es probable que me equivoque—sonrió—, te veía algunas veces el año pasado, pero nunca te hablé—Era cierto, nos habíamos topado varias veces, pero no creía que en alguna de ellas ella hubiese prestado atención en mí, no lo veía muy probable—. Además, es extraño que no conozcas mi nombre puesto que todo el mundo lo sabe, pero te lo pondré fácil, me llamo Galilea y tú eres Gregorio, no hace falta que me lo digas.

Giselle apareció con sus brazos cruzados frente a Galilea con una ceja más levantada que la otra, Giselle era la chica de cuerpo delgado y cabello claro, con nariz respingada y piel perfecta, familia perfecta, vida perfecta, excepto que ella no era perfecta, además de ser una de las amigas de la pelinegra. Giselle se posó frente a ella, por lo que Galilea no tuvo más opción que voltear a mirarle, hablaron un buen tiempo en murmulos y en varias ocasiones Giselle volteaba a verme con el ceño fruncido y señalándome a medias.

La orientadora escolar entró saludando mientras comenzaba a hablar de la importancia de conocer qué carrera era la que deseábamos después de la preparatoria —tema que se había visto durante muchas clases pasadas, pero ella seguía insistiendo—entonces comenzó a preguntar uno a uno, había seis que quería medicina, cuatro que quería derecho, ocho en biología, uno en antropología, dos en física (otro chico y yo), cinco docentes, nueve querían psicología, dos irse al ejército, una comunicación y periodismo, y un último ingeniería en energías renovables o ingeniera metalúrgica. La orientadora dirigió la mirada a Galilea, quien no había dicho nada.

—Tu no has dicho nada, Gali—entrecerró la mirada—¿no te has decidido aún? ¿aún no sabes qué? ¿qué te interesa?

—No me interesa nada—la orientadora solo sonrió con falsedad—, el derecho me parece hipócrita, no entiendo las matemáticas, enseñarles a

otras personas me causa flojera—suspiró—realmente no me gusta nada.

—¿Y qué te interesa?

—Prostituirse—gritó alguien del otro lado del aula, la orientadora miró desafiante a la persona pidiendo que se disculpara, aquello nunca llegó.

—Hablen con respeto, por favor, su compañera merece el mismo respeto que ustedes—hubo silencio, la miré de mala forma, ella tenía que haber hecho algo más, pero yo callé y la maestra continuó— ¿Qué te gusta?

—Me gusta mucho leer, así que lo más probable es que pase mi vida haciéndolo. De ser así, pienso ir a bibliotecología. De pasar mi vida haciendo una sola cosa que elegí en la adolescencia prefiero gastar mi tiempo con los libros que, con personas, o lenguas y literatura alemanas.

—¿Sabes alemán?

—Un poco, pero también puedo aprender.

La orientadora sonrió falsamente ante la respuesta, por último, dio indicaciones y salió del salón, por mi parte permanecí con la mirada dentro de un libro esperando a que la hora de salida llegase y así había sucedido, yo salí al final con la esperanza de hablar con Galilea, pero nada de ello sucedía, ella espero a sus amigas y se fue con ellas entre risas. Suspire hondo y sin ganas mientras salía de la preparatoria e iba de camino a casa. Al llegar a casa todo resultaba tan vacío, casi siempre resultaba ser así a excepción de cuando mi madre tenía el día libre, no era que habláramos mucho, de hecho apenas se hacía un intercambio de palabras, no sabía con exactitud como tenía que ser una relación madre-hijo, ni siquiera podría imaginármela de otra manera, pero me causaba ilusión pensar como muchas adolescentes se podían llevar bien con sus padres, yo prefería mantenerme en mi mundo y realizar mis asuntos.

Capítulo 2

A pesar de haber pasado alrededor de cinco meses seguía sin acostumbrarme a mis compañeros, siete meses con ellos y ni siquiera sabía si los podía ver como compañeros, teníamos tanta diferencia de ideas, éramos todos tan distintos y aunque sabía que la sociedad es así, no lograba acostumbrarme, pasaba mis horas libres hablando con mis amigos o con la mirada en un libro, a veces lo prefería, tal como había dicho Galilea, pero en otras estaba harto de mantener mi trasero pegado al asiento, aquel día fue uno de ellos, salí a estirar mis piernas y después de nuevo adentro, mientras entraba logré escuchar como varios chicos hablaban de la chica de mala reputación. Voltee a mirarle, su rostro estaba decaído, se veía llena de melancolía y su rostro no cambio, como siempre, siquiera cuando empezaron comentarios como "puta" "zorra" tratando de referirse a Galilea, ella solo respiró hondo y sonrió, por mi parte solo fruncí el ceño acercándome a ellos.

— ¿Algún día podrán decir algo que no tenga que ver con Galilea o con alguien más de aquí? —pregunté, la cara de Julián se transformó de burla a euforia, incluyendo que una de sus venas se marcó en su cuello—. ¿Podrán algún día dejar a Galilea en paz? ¿A cualquier persona en paz por el simple hecho de ser ella o él? O al menos por el simple hecho de ser una persona.

Julián solo sonrió burlonamente sin dejar de verme y después carcajeo.

—No necesitas defenderla para que ella coja contigo, ella lo hace de cualquier modo.

Golpee a Julián en su mejilla y él devolvió el golpe, pero solo rasguño mi mejilla, quise seguir golpeándolo sin embargo nos separaron. Ella me separa.

Galilea me separa suspirando sin ganas mientras me jala del brazo y me lleva a fuera del aula y caminamos un poco a la parte trasera de la escuela, se podía sentir la tensión, ella no hacía más que suspirar sin ganas, y yo también suspiraba con enojo.

—No debiste haberlo hecho—murmuró Galilea, sus ojos avellana me miraban y no lo comprendía, mi cara era todo un poema—, ellos no tienen razón, no voy a coger contigo después de esto si es lo que quieres.

—Galilea...yo no busco nada contigo—dije, ella se cruzó de brazos mientras levantaba una ceja—, es enserio.

—Haré que te creo, pero no lo hago, para mi es raro...—añadió sacando un cigarro y un encendedor de su chaqueta mientras lo encendía—, todos me ven como una máquina sexual y ya no sé diferenciar entre los que son amables y los que quieren coger—inhalo y después expulsó el humo—y por si te interesa no me he acostado con ninguno de esos idiotas, sería raro—volvió a inhalar—no los soporto y tenerlos entre mis piernas sería humillante para mí y un triunfo para ellos que no les garantizaré.

Yo reí sin ganas, ella apago el cigarro presionándolo en una de sus piernas descubiertas para después dejar marca, aquello me causo escalofríos porque note que no era la única marca, había muchas de ellas. Ella se levantó del suelo y empezó a caminar hasta que se detuvo.

—También pienso que es lindo que te hayas arriesgado por mi—sonrió continuando su paso y dejándome ahí, tras segundos yo me levante, había que regresar a clases.

Fue una suerte que ningún profesor preguntara por el rasguño en mi rostro durante las clases, casi todos los profesores lo notaron, pero prefirieron no preguntar nada, solo me veían con el ceño fruncido en múltiples ocasiones, pero revoloteaban su cabeza y continuaban con su clase. Galilea observaba a Arturo con ilusión, y lo cierto era que yo lo toleraba a medias, él era un completo idiota, podía ser popular, un gran líder pero era un completo idiota, un manipulador, era una terrible persona, aunque de esto no éramos tan diferentes, pero en absoluto me era increíble saber cómo ella no lo supiera o lo hacía y solo ignoraba, o quizás su desgracia era que terminaba enamorada de idiotas como él.

Paso el tiempo entre interesantes clases, algunas aburridas y un montón de cosas por hacer y entonces llegó la clase de salud en la que habían mencionado que se detectaron dos personas con autoestima bajo, uno de ellos era Galilea quien solo sonrió con sombría para después bajar el rostro, el otro chico solo respondió que bromeaba en todo, y era creíble, él era la clase de persona que hacía eso, la clase de persona que no se tomaba en serio lo que pasaba en su alrededor mientras que no le afectara a él.

Al tocar la campana de salida di zancadas largas para salir rápido, sin embargo, Giselle se detuvo a un lado mío.

—Greg ¿Qué tal? —Preguntó ella, yo fruncí el ceño—¿Cómo te va? No debe ser fácil acostumbrarte.

—Me acostumbro fácilmente, además ya llevo un buen tiempo—dije—¿No vas a ir con tus amigas?

—Está Galilea y no la soporto—no dije nada, solo levanté las cejas—, quiero decir que ella está molesta y no quiere hablar con nadie por eso no la soporto—rio llena de nervios—¿Te agrada, cierto?

—Me cae bien, pienso que es una persona extraña y por eso me interesa—añadí, ella frunció el cejo mientras se mordía su labio inferior—, creo que tomamos caminos diferentes, nos vemos mañana, Giselle.

El camino a casa era aproximadamente de veintiséis minutos con pasos rápidos como eran los míos, así que al llegar y abrir la puerta de madera oscura mi madre estaba sentada observando unos papeles, me dio un saludo mientras subía y dejaba la mochila en mi pieza, me roté al sentir una mirada sobre mi espalda, ella estaba ahí, me sorprendió de verdad su velocidad para subir las escaleras y aparecer con sigiló.

— ¿Cómo estuvo el día, Greg? —preguntó con los brazos cruzados en el marco de la puerta de mi habitación.

—Bien—respondí.

Voltee mi mejilla evitando que mirase el lado izquierdo, que en donde tenía el notable rasguño. Mi madre se acercó a mi cama, sus cejas de arrugaron y soltó un alarido abriendo los ojos.

— ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado, Gregorio? —Su voz se convirtió completamente neutra—. Quiero la verdad, nada de mentiras.

Fruncí la boca por segundos, no tenía ni idea de que le diría, ¿cómo le explicaría que me había peleado sin meterme en problemas por ella? Problemas que no tenían nada que ver conmigo, pero sin embargo a mí me molestaban esa clase de problemas, mi madre siempre dijo que no me introvertiera donde no era asunto mío.

— Lo cierto es que... ha sido un árbol—asentí con la cabeza levemente—sí, un árbol, en la mañana, estaba oscuro y no me fije en la rama, supongo que aún tenía sueño... ya sabes, me levante temprano y.... estaba adormilado.

Ella entornó los ojos, indicando que no creía en mis palabras, pero aun así no dijo nada, solo levantó su cabeza y después se levantó de la cama mientras caminaba a la salida con su expresión sería.

—Hare como si creyera en tus palabras, Gregorio—musitó como último para después cerrar la puerta, como si no fuese suficiente también me estaba metiendo en conflicto con mamá.

Encendí mi computadora buscando el nombre de Galilea, en tiempos así es raro que alguien no suba su información a redes, así que comencé con su nombre y un apellido, no hubo el resultado que esperaba, entonces busque su nombre y su segundo apellido, los resultados fueron peores, busque su nombre y sus apellidos, la respuesta no existía, lo que me pareció extraño, pero lo deje de lado, ella no parecía ser una clase persona que compartiera su vida en redes, ella a diferencia de los demás prefería mantener sus ojos pegados a los libros que a dispositivos, en clase nunca lo había visto con uno.

A la mañana siguiente era ir al instituto, clases normales y todo lo típico hasta que alguien derramo agua en el suelo, después Adán había tirado la libreta de Galilea, la que algún día considere era su diario, como si hubiese sido un accidente, había sido tarde para decir algo, además, no quería más problemas, suficientes eran los de la noche pasada, Galilea estaba ahí, tratando de recoger el cuaderno empapado del suelo. Me incline a ayudarlo a recoger algunas hojas sueltas, pero rechazo mi ayuda sosteniendo su cabello con su mano y titubeando su labio inferior:

—Yo puedo sola—dijo, no me miro, no hizo nada solo murmuraba para sí misma mientras intentaba secar las hojas en el aire.

Había regresado a mi postura, ¿de verdad? Intentaba ser amable y ella rechaza la ayuda, y era justo el comportamiento que había tenido tiempo atrás para evitar el rechazo, pero el cambio de casa ocasiono que deseara ser otra persona, la persona que era en ese entonces. Al regresar a mi postura con mi quijada fruncida mientras tragaba saliva y volteaba al frente ocasionando así que el profesor de física me pidiese que me moviese de lugar hasta otra esquina, aun lado de Daniel—un amigo mío—, a Adán lo cambiaron justo donde yo estaba, a un lado de Lana y detrás de Galilea, a lo que ella rodó los ojos y sonreía con falsedad.

Al terminar la clase de física y el profesor estando fuera los estudiantes se empezaron a levantar, estaban por todas partes descansando sus piernas o hablando con sus amigos o manteniendo su mirada en el móvil, entonces se escuchó a lo más alto una invitación.

—El viernes en mi casa habrá una fiesta—había gritado Angela—Será a las 7:30pm espero que todos puedan ir, también tú, Greg.

Me sorprendí al escuchar eso, quizás se debía a que sus fiestas siendo tan regulares no iba yo, agradecí a Angela y observe donde estaba Galilea, ella permaneció en silencio con la mirada sobre el cuaderno y ella lloraba, me dolía. En el fondo me dolía ver a una persona que me importaba verla llorar, no éramos nada, pero me importaba.

Y mucho.

Y probablemente era absurdo porque la conocía lo suficiente, no demasiado, solo suficiente.

El receso había terminado, me había dado el tiempo suficiente de comer algo y repasar apuntes, no me moví de lugar, era la vista ideal al igual que las personas que lo rodeaban, sin embargo, de reojo seguía observando los últimos asientos de las últimas filas, Galilea, Adán y Lana, los últimos dos hablaban, y como era común de ellos, su voz era demasiado alta.

—Galilea no me agrada—gritó Adán, Lana solo reía burlo—, no entiendo porque si se ha cogido a toda la escuela me rechaza.

Lana solo siguió riendo.

Las lágrimas de los ojos de Galilea siguieron saliendo, siempre creí que las palabras son importantes, por muy pequeña que sea la palabra o las palabras siempre afectarían en nuestra persona y eso era lo que parecía que pasaba, aunque Galilea insistía que no sucedía nada, pero algo le pasaba, quería descubrirlo, pero conocer a Galilea era difícil principalmente porque ella no es abierta con las personas en cuestión con sus sentimientos. Continuaban las clases y yo solo observaba ese pequeño rincón, las amigas de Galilea se acercaban a ella, pero no se daban cuenta que ella lloraba, hasta que sus ojos completamente bañados de lágrimas y rojos las miran y ellas no hacen más que intercambiar un par de miradas con sonrisas falsas.

—¿Ahora que te pasa, Galilea? —preguntó Abigail entre gritos— ¡Dios! Estoy harta de ti, todo el tiempo lloras y sufres, todo el mundo tenemos problemas, pero tu exageras todo de una manera...increíble—posó las manos entre su cintura y se acercó lentamente a su oreja—, tú te buscaste que te traten como puta.

—Me encantaría que solo fuese eso, Abbi—murmuró mientras seguía llorando—, que me traten de puta me da igual.

Seguía mirando a ellas cuatro, cuando escucho el carraspeo de alguien, levante la mirada y observe a Adán con su mochila sobre mi cuaderno, significa que tenía que regresar tras Galilea, Giselle, Camila y Abigail se habían dado media vuelta y caminado en cuanto aparecí ahí. Incluso la mueca de Galilea era seria al tiempo que salía tan rápido como pudo del salón, pasaron unos minutos, ella no regresó, la clase comenzó y mis ojos se cerraban lentamente, así que decidí salir a despegarme, camine al baño encontrándome a Galilea y Arturo juntos, ambos besándose intensamente junto al lavamanos, lave mis manos tan rápido como pude evitando la incomodidad, entré al cubículo, espere unos

segundos y salir, en esa ocasión Galilea estaba hincada, mientras Arturo jadeaba, aparte la vista, salí tan rápido como pude y regresé al aula, ella regresó unos segundos después de mí, iba ligeramente despeinada y el labial corrido, sin quitar la sonrisa sarcástica de su rostro, al llegar a su lugar no hizo más que sacar un libro de pasta oscura para después abrirlo y empezar a leer para ignorar las palabras del profesor que explica en la pizarra y de todos los que hablan.

— ¿Qué libro es? —pregunte en un susurro, ella volteo a verme.

—No creo que te interese... aunque es probable que ya lo hayas leído, después de todo eres un nerd—Me guiñó el ojo izquierdo, su voz sonaba áspera a resultado de haber llorado, aunque evidentemente sabía ocultarlo.

—Yo no soy un nerd, ¿así es como me ves?—ella me miró con sorpresa, aunque su mueca era sarcasmo, después no hizo más que levantar una ceja—...bueno, quizás un poco, pero igual no recuerdo haber leído el libro, aunque si eres muy amable y me dices el título estaría encantado.

—Durmiendo en el suelo—respondió—. Novela juvenil, con misterio y suspenso.

Había leído pequeños párrafos que me resultaban curiosos, hasta que uno me llamó la atención por completo:

«Siete: son las pastillas que se necesitan para morir.

Aunque esas siete pastillas no son nada si se compara con el dolor».

— ¿Qué piensas de esas siete pastillas? —cuestione, ella volteo a verme una vez más con el ceño fruncido, supongo que no tenía ni idea de lo que hablaba—. Lo que dice el libro...perdón creo que aún no llegas ahí—señale, ella leyó en voz baja— ¿Si... te matan?

— ¿Piensas suicidarte con pastillas? —Me sonrió, yo solo mantuve el rostro serio—. Todo depende de qué tipo de pastillas utilices, aunque si lo piensas bien no son las suficientes...en realidad pienso que la autora se equivocó respecto a eso, pero todo depende de la dosis y que contenga ¡Oh! Y utiliza antidepresivos, son los mejores para estas situaciones y combínelos, aunque no es fácil. A mi me gustaría morir lanzándome a un río—sonrió—y dejarle una carta de amor al amor de vida, aunque a veces pienso que eso no existe para mí

«Seis: Los minutos que les quedan de vida.

Y es que todo pasa tan rápido».

Y tiene razón.

Capítulo 3

Mi vida fuera de la escuela era de lo más aburrida, no hacía más que estudiar o escuchar música, mi madre tenía reglas básicas sobre los amigos y aunque llevaba meses de conocer a Daniel no le gustaba que él estuviese en casa, ya que lo consideraba un chico problema, a mí me daba igual y me gustaba la soledad que había en mi habitación o el sonido del clicar del mouse del ordenador así que me parecía normal. Me había acostumbrado a vivir así.

Era un común viernes, y desde la entrada al salón de clases todos hablaban de la gran fiesta que habría por la tarde, por lo escuchado sus fiestas eran magnificas, no podía opinar nada, aunque tenía más o menos una idea. Galilea había sido la última en entrar por la puerta, dejó su mochila sobre sus piernas mientras sacaba un libro diferente al del día pasado y se concentraba en la lectura, la deje leer por mucho tiempo, en un par de ocasiones prestaba atención a las clases y otras leía, entonces decidí preguntarle:

—Galia, ¿iras a la fiesta? —pregunté sin darme cuenta de mi error. Me golpee mentalmente.

—Mi nombre es Galilea, aunque Galia también es un bonito nombre y así se llama...—fruncí el ceño y cerrando los ojos—...olvídalo—cerró los ojos y meneo la cabeza—. No pienso ir... o aun no lo he pensado bien, y ¿tú?

—Tampoco lo he pensado.

Nos quedamos en silencio un buen tiempo, solo nuestras miradas se cruzaron, sus ojos marrones me miraron con atención hasta que ella parpadeo un par de veces.

— ¿Qué piensas sobre...—quito su mirada de mis ojos, mirando hacia el techo, intentado pensar en algo—... de las estrellas?

Fruncí el ceño, no tenía ni idea de lo que quería decir, pero aun así suspiré.

— ¿La esfera luminosa de plasma? ¿La que nace con el colapso gravitacional de una nebulosa compuesta de hidrogeno, helio y elementos pesados? —Ella asintió con una gran sonrisa en el rostro—Oh, claro, creo que son grandiosas. Son vistas desde la tierra, pero ¿las has observado con un telescopio? Se ven mil veces mejor —Galilea volvió a sonreír esta vez soltando una leve risa —, ¿Y tú que piensas de ellas?

—Yo no tengo una idea tan científica y no tengo un conocimiento tan... eso, pero me gusta imaginar que son personas—fruncí el ceño, ella solo asentía—, personas que no cumplieron sus sueños en vida, pero ahora brillan desde lo alto del cielo, para iluminarlo. Tampoco va a cumplir su sueño, pero verá el de alguien más, ya se, piensas que es estúpido.

—No, no, para nada.

Sonaba tan poético, tan perfecto, tal como ella, Galilea al sentir nuestro silencio habló:

— ¿Lo ves? Eres todo un nerd—volvió a reír—yo hablo de creencias y tú de fundamentos. De hecho, me recuerda mucho a Frankenstein, Víctor describiendo a Elizabeth, en este caso yo soy Elizabeth con un mundo vacío en el que me afané con poblar con imaginaciones personales.

La campana de salida me interrumpió, no pude contestarle, ella se había levantado, y empezado a caminar colgando su mochila rosa pastel en sus hombros, yo con torpeza intenté ir tras ella, sus pasos eran largos y cruzaba las piernas al caminar, guardé todo tan rápido como pude mientras corría e intentaba alcanzarla, Giselle se paró aún lado mío.

—Greg ¡Que sorpresa! —dijo dulcemente.

—Hola, Giselle, disculpa, tengo prisa—ella asintió dejando de lado su caminata acelerada para que fuese lenta como al inicio, yo camine tan rápido como pude alcanzando a Galilea— ¿Dónde vives? —pregunte a lo que ocasione que ella se sobresaltara y volteara a verme riendo.

—En algún sitio—respondió con su tan típica sonrisa en el rostro—¿Por qué tanto interés en mí, Greg? Se honesto. Parece que solo te interesas en mi porque quieres coger.

—No lo sé, quiero conocer a la chica que se sienta delante de mí, solo eso.

—¡Oh bien! —sonrió—, entonces me iré a algún sitio y...me tengo ir, hasta luego Gregorio.

Ella siguió caminando, sonreí al verla ir. Daniel llegó a mi lado con su mochila azul en hombros y las manos sobre los bolsillos de su pantalón mirando a la misma dirección en la que Galilea se había ido.

—Has estado hablando todo el día con la popular, rara, puta... ¿Qué otro adjetivo tiene? —lo mire de mala forma—¿Te gusta?—Negué con los labios fruncidos—eso parece, la defiendes como si fuese el amor de tu

vida.

—Puede que lo sea—respondí alzando los hombros.

— ¿Es que no lo ves? Todo el mundo lo sabe y todo el mundo lo dice, ella se ha metido en tantas camas que ha perdido la cuenta... y tú...

—No porque todo el mundo lo diga será verdad—alce un poco más la voz—. A veces creo que es un rumor que se ha inventado porque no quiso salir con un idiota, y es que mírala, es bella de cierta forma...

—Confirmando que es guapa, pero es...rara—rodó los ojos—, dicen que por parte de los abuelos tiene dinero, quizás por ello no le importa tanto la escuela o las notas, pero si tuviese dinero ¿Qué hace aquí?, honestamente dudo que para conocer al sector de clase media. Como sea ¿Iras a la casa de Angela? —Cuestionó cambiando de tema, negué con la cabeza, no tenía ganas y no me apetecía—, será divertido.

Sus palabras no eran ni un poco tentadoras, pero aun así una parte de mi me decía que tenía que ir, que quizás encontrara a Galilea ahí y podría decirle lo que siento en se momento... quizás, un montón de quizás llenos de esperanza.

—Cambíé de opinión—asentí— te veré en la noche.

No respondió y con la cabeza hicimos una clase de despedida, cada uno camino a su casa que eran caminos totalmente opuestos. En cuanto llegue a casa dormí lo suficiente y para cuando desperté eran las siete, al ver la hora me levanté, me di un baño, cambie de ropa y salí de camino a la casa de Angela. Llame a mi madre mientras iba en el camino, a pesar que ella no estaba del todo convencida accedió. El camino a la casa de Angela era alrededor de una hora, así que para cuando llegue la puerta estaba abierta y pase.

Era la primera fiesta de preparatoria que asistía, así que no tenía ni idea de lo que pasaba y debía admitir que estaba un tanto nervioso, el ambiente que mantenía música demasiado alta me ponía un poco alterado, estaba decorado con luces navideñas de colores y había bebidas alcohólicas por todas partes, incluso el lugar tenía olor a cigarrillo. Había llegado media hora tarde y el pasillo que recorrí estaba repleto de ebrios que desconocía por completo, camine a la barra con el humo de los cigarrillos en el ambiente el cual ocasiono que tosiera.

— ¡Greg estás aquí! —gritó Angela mientras tomaba una lata de cerveza y la levantaba en el aire acercándose a mí y ofreciéndome la bebida, rechacé—, no sabía si vendrías o no, Giselle me pidió que estuvieras aquí, ella es culpable si tu no querías venir, pero te viste

forzado por la manera en la que te invite.

—Está bien, Angie, necesitaba distraerme

Ella sonrió, yo di media vuelta y traté de buscar a Galilea con la mirada, pero no estaba, ella no había venido, y era terrible, porque había ido con la esperanza de encontrarla en algún parte, di media vuelta encontrándome con Adán frente a mí ofreciéndome un par de latas.

— ¡Vamos toma un poco! —Gritó a través de la escandalosa música y los gritos divertidos de todos— es tu primera fiesta y tienes que pasarla bien, ¿qué haces aquí si no es para eso?

—Yo no bebo...—Adán continuó ahí, sin quitar las latas de mi ángulo mientras me desafiaba con la mirada—, de acuerdo.

Tomé el envase y lo bebí... después otro, y otro, había tomado demasiados, en realidad había perdido la cuenta de cuantas había tomado, toda mi visión era borrosa, chicos y chicas yéndose a las habitaciones vacías sin despegar sus besos, y... después ella. Galilea estaba ahí, masticando una barra de chocolate con los brazos cruzados y recargada sobre la barra de la cocina con su sonrisa irónica. La observaba desde lejos y pude ver como varios chicos se le acercaron, y ella negaba con la cabeza. Me acerqué a ella saludándola.

—...viniste, Galilea—dije riendo, ella también lo hizo.

—Tu también estas aquí —frunció el ceño—Veo que estas tomando, no creí que lo hicieras. Quiero decir no pareces la clase de chico que tomas.

—Es la primera vez, es raro.

Por detrás de nosotros se escuchaba que jugaban "yo nunca", Lana comenzó "yo nunca he estado en un psiquiatra" "yo nunca me he acostado con un profesor" "yo nunca..."

—Ignóralos, lo dicen por mí y no es que yo sea el centro de atención—sonrió—¿Entonces es la primera vez que bebes?

—Asentí—. Genial, estás a tiempo de que no te guste aquello. No tomes eso, es malo para tu cuerpo—dijo refiriendo al envase de aluminio en mi mano—, tampoco fumes ni metas drogas en tu cuerpo, te matarán lentamente.

—¿Tú lo haces? —fue lo único que dije.

—A veces bebo, y fumo mucho pero nunca me he drogado, así que no me malentiendas, al menos para mí es diferente—dijo—a mí ya no me

molesta. Busco una muerte lenta, y yo quiero que tu vivas muchos años y seas un gran físico, de hecho, puedo ayudarte con contactos, una amiga de un empleado de mi abuelo es física desde los trece, ¿puedes creerlo?—Sonrió, yo también lo hice—Mis únicas condiciones es que aprendas alemán porque es el idioma que más entiende ella además del neerlandés, y no creo que quieras aprenderlo y un poco de inglés—rió—, pero creo que aquello ya lo tienes casi resuelto.

—Galilea...wow, yo no sabría agradecerte, aunque no estoy seguro si la universidad me acepte y tampoco creo aprender alemán.

—Hay otra condición y además es una forma de agradecerme una vez que quieras hablar con ella y es que no bebas, porque el problema con beber es que bebes para todo, si intentas olvidar, si algo bueno pasa, para celebrar y por si nada pasa lo haces para que algo pase. Ese es el verdadero problema por el que no quiero que pases—sonrió con tristeza—, todo eso destruye familias y al final tu vida—repitió la acción pasada—. De cualquier modo, Adiós Greg y avísame cuando sepas alemán, aunque también conozco a otro hombre, habla español, pero honestamente no creo que quiera hablar con alguien, es un gruñón, pero lo quiero.

Ella sonrió y después solo dio media vuelta saliendo de ahí, traté de seguirla, pero entre tantas personas el pasar me era casi imposible y el beber demasiado me había afectado tanto que para cuando volví a buscarla con la mirada ella había desaparecido. Estaba en la salida y no tenía ganas de nada, más que de dormir.

Decidí que era hora de irme, ese no era la clase de lugares que me gustase, aunque el sabor amargo del alcohol había sido satisfactorio, pero eso no quitaba que los lugares con demasiado ruido solo me hicieran sentir mal, pero con todas las bebidas que había consumido ni siquiera lo había notado. Giselle apareció sujetando mi hombro.

—¿Ya te vas, Greg? No tiene mucho que has llegado, podrías quedarte un momento más.

Suspire medio adormilado.

—Tengo sueño—Reí.

—O puedo llevarte yo a casa, no siento que estés en condiciones de irte—Propuso—. Mi madre me prestó su auto, así que será más sencillo.

—Bien, acepto.

Salimos de ahí, subí al auto de Giselle mientras ella reía nerviosamente. Ella condujo después de que le indique mi dirección, se detuvo unas calles antes mirándome fijamente, después lentamente se

fue acercando a mi mientras me besaba, honestamente no sabía que pensar o hacer, estaba confundido y ebrio. Ella me quito mi chaqueta y después tomó mi mano obligando a que tomara su pecho, fruncí el ceño separándose de ella, ella comenzó a quitarse su playera. Yo la mire con duda.

—¿Qué haces, Giselle?

—Quiero estar contigo, aquí.

—¿Por qué?

—¿Crees que soy estúpida, Greg? —preguntó ella. Yo no entendía nada—. Se que te acercas a Galilea porque te gusto yo y que mejor manera de hablar con la chica que te gusta que acercarse con su amiga, y si lo preguntas tú también me gustas.

—Giselle...

—¿Quieres continuar?

—Sí, digo noooo, Giselle, creo que te estás confundiendo—volví a ponerme mi chaqueta—. No me gustas, de hecho, me gusta Galilea.

Ella suspiró hondo bajando la cabeza y tomando su blusa.

—Yo...yo, lo lamento, perdón por este bochorno—tomé su brazo en señal de que todo estaba bien, pero por supuesto que no—. Bájate de mi auto, por favor, Gregorio.

Yo baje del auto mientras ella se ponía su ropa, y en cuanto baje aceleró y desapareció, no tuve más opción que llegar caminando. Cuando llegue a casa con mucho esfuerzo de evitar quedar tirado en la calle, intente buscar las llaves en mi pantalón, pero alguien abrió la puerta, mi madre estaba ahí, con una mueca de decepción en su rostro. Odiaba decepcionarla, pero eso solía pasar constantemente.

—Gregorio...—dijo ella en un murmuró tragando saliva, yo la intenté mirar con una sonrisa mientras entraba y ella cerraba la puerta tras de mí—. No creí que fueses capaz de...esto, mira como estas, te ves fatal, te pudo haber pasado algo, ¿Quién te trajo? —Se asomó a través de las cortinas marrones—. Dios, mío. Espero que no te haya pasado nada...

—Mamáa no pasó nada... nada malo—empecé a caminar a mi habitación —Todooo estááá bien, soy uuun adultto, sééé lo que hago.

¡Por supuesto que nada estaba bien! Había hecho un gran ridículo frente a todos cuando el chico responsable empezó a beber, después lo

sucedido con Giselle y, por último; que mi madre me viese así y lo peor de todo sería amanecer con un terrible dolor de cabeza, había decisiones malas en la vida, y después estaba haber ido a la fiesta y aceptar las bebidas que Adán me habría ofrecido, pero desde luego la peor había sido no haber dicho no. Así que la decisión final fue dormir todo el fin de semana y solo levantarme para comer algo.

Capítulo 4

Volvió a empezar la semana, me alegraba el haber dormido durante tanto tiempo parecía una persona nueva, excepto que no podría borrar de la memoria de todos el que yo hubiese tomado tanto, ya que los comentarios de Adán no se hicieron esperar en cuanto llegue a clases.

—Eres grande, Gregorio, ninguno de nosotros ha soportado tanto tiempo después de beber tanto en su primera fiesta, pero te mantuviste de pie un buen tiempo y sin hacer tantas estupideces.

Lo ignore, no quedaba de otra, su cerebro no parecía conectarse a su lengua al hablar, pero aun así me sentía un poco avergonzado con todos, si era sincero ni yo hubiese supuesto que sucedería eso aquel día, a lo que me refiero es que imagine la primera vez que tomase alcohol, pero nunca lo imagine en la primera fiesta a la que iba... y bien, no había mucho que hacer. Pasó la primera... segunda y tercera clase y Galilea no apareció en el instituto, el lugar delante mi estaba completamente vacío, y lo cierto es que quería ver a Galilea con desesperación, quería hablar con ella y admitía que me divertía mucho cuando hablaba con ella, de cierta forma era interesante, y no se debía a su rostro de tristeza todo el tiempo, o su sonrisa irónica, si no que sus temas no iban a lo cotidiano, si no que todo el mundo conocía pero prefería no decir.

Camine a la puerta del aula justo después que el profesor salió, llevaba mi mano sobre la frente, quería encontrar a Galilea, necesitaba hablar con ella, pensaba en ella, en nuestras pequeñas charlas que habíamos tenido y en que ella debía estar bien, sin embargo, Adán, quien se encontraba recargado en la puerta acompañado de varios de sus amigos se atravesó.

— ¿Disfrutaste tomar mucho ese día? —Grito Adán, trate de ignorar sus palabras—. Fuiste que él que más tomaste en toda noche, felicidades—sonrió con cinismo — ¿Y tu novia, ¿dónde está? Me alegro que no haya venido la puta.

— ¡CALLATE! —grite en un gruñido.

—Adán tiene razón—habló Lana, su rostro no mostraba nada en específico—. El viernes se fue temprano, y tu tras ella, ibas muy tomado, ¿seguro no era para acostarse? ¿Cuánto te ha cobrado?

Ignore sus palabras, y decidí que no quería estar más en clase, así que di media vuelta y continúe mi paso chocando hombro a hombro que los chicos que se encontraban en la puerta. Giselle me evitaba en cada momento que me veía, supongo que la pobre aún estaba avergonzada,

hasta que se acercó a mi, llevaba el rostro colorado.

—Discúlpame por lo sucedido ese día, debes de pensar que soy una desesperada y que quería aprovecharme de ti cuando estabas ebrio, pero yo creía que era lo que pensaba. Pero lo estuve pensando todo el fin de semana y creo que era más que obvio que te gusta Galilea, siempre la buscabas, la esperabas, demasiado interés en ella—Ella respiró hondo—. Discúlpame en serio.

—No te preocupes, no recuerdo bien lo que sucedió—mentí, claro que recordaba la mayor parte, pero no quería hacerla sentir mal—además todos nos confundimos alguna vez.

Ella suspiró apenas sonriendo y apenada y volvió a su sitio.

Después confié en que Galilea aparecería en algún día de la semana, pero no paso, así que el último día de la semana y de clases supe cuánto la necesitaba, camine a la sala principal para después acercarme a una secretaria, necesitaba saber que sucedía con Galilea.

—Disculpe—carraspeé—¿podría decirme si sabe que sucedió con Galilea Bernal Schell? ella no ha venido a clases. Es de tercer grado.

—Ella ya no estudia aquí—dijo la morena despejando la vista de los documentos sobre el escritorio. Sentí que esos segundos se detenían, mi boca se quedó entreabierta ante la respuesta que no era para nada la que esperaba, incluso podía sentir mis ojos más abiertos de lo normal, mi expresión no me ayudaba ni un poco para seguir preguntando y si me hubiese visto en un espejo juraría que palidecí.

— ¿Qué? —Grite, mi corazón se aceleró, podía sentir que se me salía del pecho, se me tensó la mandíbula— ¿A dónde fue? ¿Quién fue? ¿Por qué?

—Escucha—mencionó mirándome con sus ojos oscuros—son asuntos que a mí no me importan... pregúntale a ella. Su padre ha venido, él fue el que hizo el papeleo. ¿Podría tranquilizarse? —dijo tras mira la mano temblar, intente esconderla debajo de la manga de la sudadera, pero era tarde.

No dije nada, se sentía incluso más extraño para mí, comencé a dudar de sus palabras.

— ¿Por qué se fue ella? Se lo ruego.

—Él no dijo nada —volvió a decir.

Maldita sea, necesitaba mis respuestas.

Regrese al aula, estaba lleno de rabia, era seguro que los rumores hubiesen sido lo causante de todo, porque las palabras son siempre las culpables, estas son más destructoras que una daga, las palabras sin importar si eran verdad o mentira dañan una parte de nosotros.

Entré al salón y había ignorado por completo al profesor, sin embargo él no lo hizo, me fulminó con la mirada de la peor manera debajo de los lentes ópticos, el hombre me mandó con la orientadora por una amonestación por llegar tarde, no tuve más opción que ir, maldiciendo entre dientes por no pensar en mis actos, mantenía la idea de mantener alejados los sentimientos del racionalismo, pero al parecer me estaba convirtiendo un completo desastre, aquel desastre del que no sabe separar sus sentimientos de su vida, al entrar a la sala principal me senté en una de las sillas acojinadas de color azul verdoso mientras esperaba que la misma mujer morena estuviese libre para continuar con las preguntas que estaba seguro ella siquiera sabía que responder. Cuando se fueron unos estudiantes me levante acercándome a ella sin quitar la quijada fruncida.

— ¿Podría darme la dirección de Galilea Bernal Schell? Tengo que recoger un trabajo—Rogué. La mujer solo me miró con el cejo entrecerrado.

—Te la daré, pero cálmate.

Me entregó un papel escrito con la dirección que había anotado al momento, agradecí y al mismo tiempo mostré una sonrisa, estaba apuntó de irme cuando ella volvió a hablar.

—No te vayas, espera un minuto.

Un putito minuto es el que necesito para que ella vuelva a desaparecer, para que no la encuentre nunca más. La mujer da media vuelta y caminó a un cuarto, mire sobre la mesilla el antiguo expediente de Galilea y después lo abrí asegurándome que nadie estuviese detrás de mí o me viese.

—Certificado de defunción—leí en voz baja, pero me detuve al escuchar el sonido de sus zapatos de tacón regresar di media vuelta y salí antes de que llegase, haciendo caso omiso de su indicación.

La campana de salida había sonado y llevaba una ventaja de pasos para salir antes a «algún sitio» de Galilea, donde probablemente ella estuviese ahí. Camine lo más rápido que pude, zancadas rápidas y seguras, tiempo más tarde había llegado al sitio, y si era sincero era una completa sorpresa, incline la cabeza para verificar la dirección, y no era

para nada a lo que me había imaginado, toda la pequeña casa estaba repleta de enredaderas, y al entrar, observe todo con atención, muebles cubiertos con sábanas blancas, paredes garafateadas y cristales rotos por todas partes. Trague saliva, no tenía ni idea de cómo tomarme todo y si de algo estaba seguro es que aquel sitio no era, la castaña se había equivocado de dirección, salí casi al instante, estaba seguro que aquel sitio no era parte de Galilea, quería suponer, pero no tenía ningún sentido, ella no estaba más en mi vida, y lo cierto es que nunca lo había estado, no éramos más que compañeros de clase por menos de medio año, ¿es que acaso aquello no podía significar algo? Yo digo que no.

Regrese a casa, aunque esta vez los pasos fueron cortos y lentos, sentía un dolor en el pecho mientras caminaba a casa, al llegar abrí la puerta y camine a mi habitación, a mi madre le pareció un poco extraño, aunque solo fue algo temporal.

El resto de tiempo iba a clases, regresaba y dormía y hacía un poco de tarea, no me interesaba nada, hasta que un día estaba dispuesto a esperar a Galilea en la misma dirección, ella regresaría si le importaba el lugar y así al menos podría verificar mis suposiciones, volví al camino y esa vez observe que la pequeña casa que estaba justo en medio y sus alrededores cubiertos de hierba, el cual era un intento de jardín, decidí entrar nuevamente y mire todo una vez más de espaldas a la puerta por un buen tiempo, en medio de toda la oscuridad, y entonces el sonido de unos pasos se escucharon y de un melodioso canto fue lo que se apreció, la luz se encendió, mi corazón se aceleró, solo escuchaba los latidos de mi corazón.

— ¿Gregorio? —Alguien hablo, y pude reconocer la voz a la perfección, algo en mi había despertado, volteé mi cuerpo por completo— ¿Qué haces aquí? ¿Quién...?

No la deje terminar al abrazarla, arrugo el entre cejo con los labios fruncidos, era seguro que estuviese completamente confundida.

—Galilea —seguí el abrazo, hasta el punto en el que ella se empezó a sentir incomoda—...Lo siento... yo... no...

—Calma, no tienes que preocuparte, aunque agradecería que no me abrazaras.

Asentí, ella quito el cabello de su frente mirándome. Me sentía feliz, ella estaba bien y estaba ahí, recordé los momentos en el que nos tocaba deporte una vez al mes y ella se quedaba en las gradas del gimnasio leyendo un libro mientras nos observaba a todos, el deporte nunca fue lo suyo, y aunque me costara admitir, tampoco lo mío. Revolotee mi cabeza y me saque de mis pensamientos sentándome a un lado de ella en el frío

suelo.

—Gregorio...—la mire con atención, sus ojos marrones no habían perdido el brillo aun—, escucha, si te preguntan sobre mí, diles que he muerto... no creo que lo hagan pero hazlo.

— ¿Por qué? —Arrugue el ceño sin entender que es mí que quería—
¿Por qué esa mentira? Yo no podría hacer eso, Galilea.

—...Por favor.

Mantuve unos segundos el ceño fruncido sin entender que sucedía, pero solo asentía, quería ayudar a Galilea y si esa era la manera que así fuese.

— ¿Podría preguntarte algo? —Interrumpí el silencio entre nosotros que bien parecían horas—, es acerca de los rumores.

—Creí que me buscabas porque te había agradado para una amistad, no para...—bajo la cabeza respirando sin ganas—eso... pero adelante, pregunta—intervino.

—Todos en el instituto dicen que eres una...—no pude terminar, las palabras se quedaron en medio de mi garganta.

— ¿Putas? ¿Zorra? ¿Ramera? ¿fácil? ¿O una cualquiera? Dilo sin eufemismos—Empezó a decir moviendo su cabello hacia atrás— Lo cierto es que son solo rumores, pero para que un rumor comience tiene que haber una historia—sonrió con falsedad—. Y por si te lo preguntas no me he acostado con nadie del instituto, te lo dije antes, ninguno me llama la atención.

Suspiró sin gana, se había levantado y suponía que se iría en cualquier momento, yo también me levanté, antes de que ella abriese la puerta volteo a verme.

—Antes de que tu llegarás pasaron muchas cosas de las que no me arrepiento—musito bajando la mirada— ¿sabes? Tengo diecisiete años con una historia... complicada, sin embargo, te aclaro que no he asesinado a nadie, ni siquiera lo pienses. Ahora si no te importa me tengo que ir, porque aquí solo vengo cuando quiero pensar o quiero leer y ahora mismo no puedo ni quiero hacer ninguna de las dos cosas.

—¿Podrías darme tu numero?

Ella buscó entre su cazadora (muy al fondo) sacando su móvil, era uno

muy reciente, me lo extendió.

—Búscalos tu, debes de saber más que yo —rio—, no suelo usarlos casi nada, pero a pesar de ella mi abuela insiste en cambiármelos siempre que salga uno nuevo, por lo tanto tampoco respondo—Se lo devolví una vez que lo copie en el mío—. Nos vemos, entonces.

Tomé su muñeca sin dejarla ir, y después la besé. El beso se detuvo cuando me separé para tomar aire y ella salió corriendo con las mejillas rojas. El pasado me daba igual, a nadie debería de importarle, las personas pueden cambiar, pero este es imposible que lo haga.

Camine de regreso a casa con una sonrisa en el rostro, me había vuelto quizás el adolescente más feliz después de eso, aunque admitía que estaba hecho nervios, no había sido la mejor forma, comenzaba a sentirme un imbécil y aquello era lo único que realmente creía, aquello había estado mal, no debía... pero, lo había hecho. Al llegar a casa mi madre podía observar mi alegría, aunque no le tomaba importancia.

Por la mañana iba de camino al instituto, Lana y Adán iban tras de mí pisándome los talones, escuché su voz una vez, pero la ignore hasta que llegamos al aula hablándome otra vez jalándome del hombro y haciendo que lo mirara a los ojos, su mirada no era ni un poco intimidadora, y aunque fuese un par de centímetros más alto que yo no me intimidaba.

— ¿Y tu novia? —preguntó.

—Está muerta, idiota.

Había sonado realista, y parecía creerme cuando su rostro se paralizó, sus ojos no hicieron más que parpadear varias veces, en ese momento camine deprisa a mi asiento y acomodé la mochila, sabía que no debía de jugar con eso, pero... no tenía excusa, el amor o lo que sea que fuese lo que sentía por ella me transformaba en lo que era. Los dos caminaron con velocidad rodeándome el asiento con el rostro serio y con su respiración acelerada.

— ¿Cómo has dicho? —preguntó Adán, su rostro había palidecido un poco.

— ¿No has escuchado? Está muerta, encontraron su cuerpo ayer por la noche. ¿No les parece lamentable que hablen tan mal de ella, pero al final les preocupe esto?

El rostro de Lana se transformó en angustia así mismo había empezado a sollozar, y era solo hipocresía. Eran excelentes actores y me

impresionaban.

— ¿Cómo paso? —cuestionó la rubia con los ojos llorosos sin quitar su mano de su frente.

—No lo sé, a mí solo me dieron la noticia—respondí en una mentira con el rostro sereno.

—Maldita sea—gritó Adán, para después golpear la pared con sus nudillos, su rostro estaba rojo por completo, derramaba las lágrimas—. Maldita sea, Galilea.

No comprendía, todos la odiaban, pero en ese momento que ella fingía estar muerta todos la amaban, era tan extraño... no sabía que era lo que realmente buscaba Galilea tras esto.

—Por mi está bien— mencionó Daniel con la mirada hacia el suelo, mientras miraba su calzado—. Espero que haya sido por...

Lo fulmine, mi amigo, mi mejor amigo hablaba así de ella, y era detestable que aquellas palabras salieran de él o de cualquiera, es que había una gran diferencia entre respeto y tolerancia, pero sin duda las dos eran importantes.

—Espero que no lo digas en serio, porque si... —Estaba seguro que mi rostro estaba enrojecido, incluso sentía las venas de mi cuello sobresaltarse.

—Tranquilo, es broma—se defendió levantando las manos en el aire—no me vayas a golpear.

—Tus bromas son lamentables, sin sentido y estúpidas, Daniel.

Voltee mi mirada y observe a Adán quien seguía lamentándose, me mantenía sorprendido todo lo que hacía, no dejaba de sorprenderme ni un día.

— ¡No! ¡No! Yo la—sus palabras se detuvieron—...yo la amaba.

—Galilea y yo fuimos amigas en primer año, no fue algo duradero, nuestra amistad terminó cuando todos rumoraba de ella y Lombardi—comentó Lana—, quizás ni siquiera era cierto, y ¿sabes? Le tenía un gran afecto porque ella era amable, linda y cuando decía que algo iba a estar bien era porque lo iba a estar, aunque no lo estuviera y siempre te hacía sentir bien.

El rumor corrió en pocas horas, no tardó mucho para que todos se enteraran y comprendí el gran poder de las palabras y como una mentira

podía recorrer la boca de todos en tan pocas horas, y era probable que aquello quisiera demostrar Galilea...pero yo...¿que pasaría de mi si alguien se enteraba que era mentira?, sin embargo, aparte aquel pensamiento, lo importante era el presente, tendría que preocuparme después por ello y si era que se enteraban.

— ¿Dónde será el entierro o el funeral? —preguntaban algunos de nuestros compañeros con la quijada fruncida y rostro lleno de lastima.

—Honestamente no lo sé—respondí.

No tenía ni idea de cómo continuar con tantas mentiras, nunca había sido bueno para estas, pero aun así hacía que mi voz sonara sería, sin embargo, estaba seguro que mis ojos no lo podían demostrar.

Termino el horario escolar y saliendo del instituto llegue a casa, mi respiración era muy agitada debido a que había corrido, mi madre notó mi desesperación con la que hacia las cosas.

— ¿A dónde vas? —preguntó ella mirándome a los ojos, el brillo de sus ojos azules seguía sin irse.

—Con ella.

Con ella, sonaba bien, aunque mi madre no tenía ni idea de quien era y era probable que no lo supiera hasta después de un tiempo, en realidad quería creer que ella ya sabía a qué me refería porque no hizo más preguntas, en cuanto pude salí corriendo a «algún sitio» al llegar la vi a ella, observando a la nada, ella era así, era mágica, dio media vuelta y me miró con una sonrisa a medias en el rostro.

—Así que no te importó lo que dije. No te importa la segunda vida de las personas, aunque la mía para ti es un completo misterio.

—El pasado no tiene cura... y no te obligare si no quieres decirla, aunque Lana dijo algo de Lombardi—le respondí, ella suspiró.

—Ah Lombardi, él no importa ahora.

—Bien, ¿dónde vives ahora? Es claro que aquí no.

Ella río asintiendo.

—Si te digo dejaría de ser un misterio—sonrió, me encantaban sus sonrisas.

—Tú eres la clase de misterios que amo.

Me había confesado, lo había hecho sin desearlo, no había utilizado un guion, había sido solo yo... lo había hecho y eso me había sorprendido de verdad, no era la clase de persona que mostrara sus sentimientos con facilidad y eso todo el mundo lo notaba, no podía siquiera decirle a alguien que le apreciaba... pero en ese momento... Mire a Galilea quien su mirada me hizo dudar de mis palabras. En ese momento comprendí como se sentía Giselle.

—Yo...yo no dije nada. Olvídalo.

— ¿Me amas? —interrumpió después de unos minutos, todo era tan incómodo para mí.

—No te amo, no puedo amar a alguien que no conozco bien, pero me gustas y si soy sincero, desde que entré a clases lo hice—respiré hondo. Nos habíamos mudado y pensaba que todo sería la misma mierda, pero apareció ella y fue un poco diferente a lo que me había imaginado cuando yo la miraba por la ventana, o pasaba junto a mí, yo sabiendo de su existencia y ella ignorándome—. Pienso que eres bonita, de hecho, más que bonita, eres muy guapa.

Galilea carraspeo unos segundos haciendo que prestara atención en ella, rogué que ella olvidará el hecho que acababa de confesar.

—¿No te parece que soy más que muy bonita?, Gregorio, soy más que hermosa, no se definirme, pero como persona voy más allá de eso, la belleza solo es un atributo que desaparece o se adquiere—ella también respiró profundo, yo me mantuve callado—¿Y bien, que sucedió?
—Preguntó ignorando el silencio que yo mantenía, por lo que no tuve más opción que fruncir el ceño y mirarle sin comprender a lo que se refería—
¿preguntaron sobre mí?

—Lo hicieron—respondí entre tartamudeos, ella me dijo con la cabeza que continuara—, todos lloraron tu pérdida. Lo hicieron, y admitieron que te querían.

Ella movió la boca en señal de «lo sabía» pero no dijo nada. ¿Es que acaso todo era una prueba? No tenía ni idea, era completamente rara, después se levantó y se acomodó el vestido rosa pastel.

—Galilea—ella me miró con atención, sus pupilas se centraron solo en mí—. Sé que puede sonar muy acelerado lo que te diré... acabo de confesar algo que creí que jamás haría...pero...olvídalos, mejor.

— ¿Qué?—Levantó una de sus cejas—debes de dejar de dudar de tus palabras sin tartamudeos o balbuceos... solo suéltalo, pareciera que

tenemos toda una vida para hacer, preguntar lo que queramos... pero, Gregorio—posó su mano sobre mi mandíbula—no es así, la vida se esfuma rápidamente, el café se enfría, las cosas cambian, la prioridad cambia, la gente envejece, después el día será noche, la vida se acaba, todo se agota, somos efímeros, además así evitaras arrepentirte algún día de las palabras que nunca dijiste... sea cual sea mi respuesta, quiero escuchar tu pregunta.

—Bien... esto será más difícil para mí que para ti...—respire profundamente para hablar— ¿te gustaría intentarlo? Me refiero a que salgamos... ¿una relación? Discúlpame, no soy bueno para esto.

—Así que no te importa salir con alguien como yo—ella río tomando mis manos—me gusta, sí, sí quiero.

Nos quedamos en silencio un buen tiempo, sostuve sus manos delgadas y claras permaneciendo en nuestros tan típicos silencios, detestaba ese maldito silencio que me hacía querer arrepentirme.

— ¿A ti no te importa, cierto? Es que no mentía cuando lo dije... no sé, olvídalos, soy muy caprichosa y eso... es tarde, olvida todo lo que acabo de decir... y por si te lo preguntas, no, no me gusta la oscuridad, pero si mirar las estrellas en la oscuridad, soy absurda.

Separó sus manos de mí y salió casi corriendo, lo cierto es que ella era una maldita contradicción, ella un completo desastre, pero aun así sus palabras me ayudaban y bastante, porque Lana tenía razón, la voz de Galilea te aseguraba bienestar, aunque no fuera así. Espere un poco para irme, llegue a casa con una sonrisa en mi rostro, cualquiera lo pudo haber notado, y mi madre lo hizo, pero estoy segura que no le importó en absoluto lo que sucedía en mi mientras estuviese feliz.

— ¿Cómo te fue, Gregorio?

—Perfecto —sonreí.

Ella no preguntó y solo sonrió, yo subí a dormir que era lo que más necesitaba.

Capítulo 5

Pasaron varias semanas así, la iba a ver a algún sitio, salíamos a ver películas, caminar por sus lugares favoritos, ella iba a tomarse fotos en cabinas fotográficas, al recibir la foto simplemente la rompía o la dejaba caer al suelo, ella decía que le gustaba pensar que la gente hacía sus teorías del porque dejaba sus fotografías ahí e intentaban encontrar al dueño, yo recogí una de estas para conservarla, también visitamos museos y una vez fuimos a la feria de libro, o a veces, cuando ella quería, cogíamos, honestamente la primera vez fue complicado para mí, y para ella al explicarme porque ella tenía un poco más de experiencia que yo, pero con el tiempo fue cambiando ligeramente, lo que ella hacía al terminar, era que encendía un cigarro y me seguía besando y reía, a veces ella decidía que prefería leer en lugar de fumar, o hacía las dos al mismo tiempo, sin embargo, cada día, veía y sentía su cuerpo más delgado que el día pasado, al comentárselo, ella solo reía mientras me besaba y decía que siempre había sido así.

Y llego un común sábado de la semana trece, excepto por la parte en la que iría a ver a Galilea, había comprado un libro para ella y se lo llevaría en cuanto la viera, después de tomar un zumo de naranja salí corriendo al mismo lugar. Al llegar la vi fuera, ella estaba ahí, con su cabello negro y largo cayendo por su espalda, en el marco de la puerta esperándome con un cigarrillo en su mano y sonriendo.

—Galilea—dije, ella sonrió al verme, me tomó del cuello mientras me besaba apasionadamente sosteniendo el cigarro con sus dedos por detrás de mi cabello, por mi parte la tomé de la cintura, entonces ella me soltó cambiando su rostro y solo sujetando mi mano, empezó a sonreír nerviosa a algo por detrás de mí.

Mire a Galilea al escuchar que estaba sería y su mano tomaba con nerviosismo mi brazo, entonces gire mi cuerpo para saber qué era lo que sucedía. Adán estaba frente a nosotros, observándonos, mi corazón comenzó a palpar rápidamente, y también había palidecido un poco, trague saliva, la situación era complicada... ¿cómo trataría de explicar todas aquellas mentiras? ¿Cómo arreglaría todo lo pasado?

—Adán, ¿Qué haces aquí? —dijo Galilea, su voz parecía romperse, podía escuchar su respiración acelerada, dejo de sujetar mi mano dejando caer el cigarro y apagándolo con su bota gastada.

—Galilea—Adán sonrió, sus labios mostraron una terrible mueca—. Creí que estabas muerta. Todos creímos lo que el mentiroso de Gregorio dijo. Confesé mis estúpidos sentimientos delante de todos—añadió—. Una vez lo hice, ¿recuerdas? Me rechazaste, pero has aceptado salir con el

idiota de Gregorio.

Ella no dijo nada, solo trago saliva mientras sonreía nerviosa. Mi mundo también se venía abajo, él nos había encontrado.

— ¿Cómo llegaste aquí? —pregunte en un gruñido, una de las venas del cuello se sobresaltó mientras apretaba los puños.

—Te seguí cada maldito día que venías aquí después de clases, aun cuando es imposible llegar a tu casa por este lado.

Atrapado, Adán y yo vivíamos por el mismo rumbo, era imposible escapar de él.

—Quería descubrir todas sus mentiras y tú Galilea, eres la perra más detestable que conozco...

Él estaba completamente enojado, su rostro rojo no podía decir lo contrario, tome un poco de aire, pero antes de que Adán pudiese continuar Galilea dio media vuelta y salió de ahí suspirando, no lo comprendía, ¿por qué huir si Adán ya lo sabía? No conocía por completo a Galilea, pero algo ocultaba... ella ocultaba algo bajo su sonrisa angelical y melancólica. Adán nos había descubierto y todo había sido mi culpa, si hubiese cuidado mis pasos nada hubiese pasado.

—Largo—grite en otro gruñido.

Él salió corriendo intentando alcanzar a Galilea. Yo no hice nada, solo me quedé en silencio, era un total cobarde, era tan cobarde que no podía ir tras ella

Capítulo 6

Llegó un triste y deprimente lunes, oscuro por la hora y frío, demasiado frío, caía un poco de llovizna y aire frío, las calles estaban llenas de neblina con un radio de treinta centímetros de vista. Mamá y yo salimos al mismo tiempo de la casa, ella al hospital donde trabajaba y yo a la preparatoria. Cuando entre al aula me miraban y después murmuraban, era seguro: sabían que Galilea seguía viva, sabían que todo había sido una mentira, algunos no lo creyeron, aunque era seguro que su mente estuviese llena de dudas o que no les importara, pero yo quería saber que era lo que pasaba ahora con ella, donde estaba o que haría, le mande mensajes todos los días que había desaparecido; ella tenía razón, no respondía.

Galilea era como mi droga, mi maldita droga.

¿Qué me hiciste Galilea Bernal? Solo habían pasado unos días desde que no la había vuelto a ver, y unos meses desde que estaba completamente obsesionado con ella, no lograba comprender porque estaba así, nunca me había comportado de esa forma.

No podía dejar de pensar, las miradas posadas en mi me hacían sentir mal por haber mentido por ella, sobre ella y para ella. Lana me miraba con odio al igual que todos dentro del aula, cuando la campana al fin había sonado salí corriendo a donde solíamos vernos, el lugar donde la había seguido y estaba seguro era algún tipo de escondite, quite las hiervas que había crecido sobre la puerta los últimos días intentado pasar y cuando al fin estaba dentro observé un sobre de papel con atención, en la parte superior tenía:

«No te preocupes por mí.

Estoy bien. Siempre lo estaré.»

Abrí el sobre observando la letra de Galilea, la misma que ella juraba que era horrible.

«Gregorio, he ido lejos, en realidad a mi hogar, y no sé si pueda llamarlo hogar porque no lo siento así desde hace mucho tiempo, de hecho, nunca lo he sentido así. Sabrás que es complicado explicar lo que sucede ahí, una familia llena de problemas (como todas, no intento victimizarme) de cualquier modo he aprendido a vivir dentro de esta y ya me acostumbre, de alguna manera.

Soy esa clase de persona que cuando se cansa de todo, simplemente se

aleja y huye.

Me cansé de la escuela, de las personas, de casa, de mi familia y de mí.

Pero no me canso de estar contigo.

¿Sabes? Mi vida está llena de mentiras, y es...difícil. Lo lamento por haberte hecho mentir, lo siento por el drama. Lo siento por arrebatarte así tu vida, porque presiento que es así justo como estás. Pero no deseo que me busques más, de hecho, prefiero no verte jamás, porque te apreció y no quiero que dañes tu salud mental (que es lo más importante que tenemos y tu deberás mantenerte concentrado para la universidad) prefiero que simplemente nos alejemos y nos demos una clase de tiempo, además de que te concentres en ti.

Te quiero.

Galilea B. S.»

Aun cuando había terminado de leer la carta podía sentir como incrementaba los latidos de mi corazón, suspire fuerte intentando calmarme, la vida es así, la vida es un completo drama, ella era así, y aunque lo seguía pensando no tenía la respuesta de lo que ella me había hecho, pero fuese lo que fuera no importaba. Ya no.

Tenía dos opciones en mente: dejarla ir, olvidarme de ella, continuar con mi vida y que ella haga la suya a su manera y como le pareciera mejor, o quedarme a su lado para ayudarla en lo que pudiera.

Y las dos eran tentadoras, pero ninguna más que otra.

Para cuando había regresado a casa me había asegurado de haber guardado el sobre en mi mochila y evitar que mi madre —quien a pesar de todo era demasiado introvertida siempre lograba averiguar todo— y no era porque no quería que ella supiese, pero no era el momento de que ella se enterase de todo aquel drama que vivía, Galilea no era la clase de chica que alguna madre quisiera para la vida de su hijo —o al menos no mi madre— quizás algún día ella conocería a Galilea y sabría quizás, solo quizás, todo.

Tras un par de días había comenzado a odiar mi rutina, había comenzado a ser la peor, siempre lo había sido, pero me esmeraba en ser positivo, comenzando por ir a la escuela, cada día para mí era más difícil, y no exactamente por los profesores, las materias o las clases, si no que Adán se había encargado de decirles a todo el mundo lo que más temía y desde luego los comentarios de reproches (como si supiesen la historia) no se hicieron esperar desde que deje la mochila en la banca y me senté dejando caer mi cabeza sobre la superficie del pupitre, todos los

días eran completamente iguales, llenos de un montón de comentarios que me solo aburrían y si era sincero estaba cansado de escuchar, aunque en parte yo era responsable, quizás si hubiese podido decir no... si...

— ¿Cómo te atreves? —Me grito Lana, sabía exactamente a lo que se refería incluso sin que hubiese terminado de hablar—. Sabemos que ella no quiso nada contigo, pero no era necesario dar un pretexto tan idiota como darla por muerta para llamar su atención y la de todos, porque es lo único que piden las personas como tú.

Intente responderle, pero las palabras no salían, no pensaba delatar a Galilea, además sabía que discutir no valdría la pena, Galilea y yo solo conocíamos la verdad, no era la verdad absoluta porque esta no existe, pero era nuestra verdad y no había forma de cambiarla. Lana dio media vuelta indignada volviendo a su asiento, el profesor había dejado caer de golpe varios libros en el escritorio por lo que significaba el inicio de su clase.

No podía concentrarme no un poco en clases, no podía tolerar las miradas acusatorias de todos, haciendo sentir cada segundos más culpable, era débil, no había otra forma de justificarme, mi lado racionalista se estaba acabando y solo porque no quería, ni pensaba delatar a Galilea, no quería que tuvieran el concepto de que ella era una mentirosa, una total mentirosa, a pesar de que lo era, yo seguía sin explicarme que era lo que quería demostrar, ella no tenía el tiempo de contármelo todo, huía a mitad de nuestras conversaciones, se excusaba con el miedo a la oscuridad, no hablaba sobre su pasado o su familia, ella se alejaba solo porque sí.

Y yo no sabía dónde estaba, pero sabía que la encontraría.

Al salir de la escuela le había dicho a mamá que necesitaba libros, el semestre aun no terminaba y aunque no era una total mentira ella accedió. Conocía a Galilea superficialmente, llevábamos saliendo realmente nada de tiempo si se compara con otras parejas, pero aquello no quitaba la amistad que manteníamos, quizás no éramos mejores amigos, pero si amigos y sabía que a ella le gustaba el realismo mágico, como el libro que le había comprado al momento en el que ella se fue, así que decidí comprar un libro con mis ahorros, al terminar de pagar tome el libro y lo guarde en mi mochila, se lo daría junto con el anterior libro, al salir de la tienda empecé a caminar, obviamente iría a casa, pero antes daría una vuelta por «algún sitio», me gustaba recordar; creo que esta es una de las mejores cosas de nuestro cerebro, ver las imágenes mentales que algún momento causaron algo en nosotros, algo que siempre nos hará sentir de una manera... diferente y el hecho de que esto es lo único que tenemos para la eternidad. Al llegar abrí la puerta y entre cuidando mi espalda, era oscuro y no era uno de los lugares más seguros, me agache al suelo y deje la nota que había escrito un par de horas

atrás:

«Te regalo letras, porque flores hay en cualquier jardín»

Capítulo 7

Éramos todo y nada,

Estrofas sin versos,

Música sin poesía,

Cuerpo sin alma.

Éramos Galilea y Gregorio.

Éramos un completo desastre.

La tristeza se podía notar a simple vista en los ojos de Galilea, ella podía ocultar todo menos eso. Galilea: es imposible esconder algo en la mirada.

Tan solo quería decirle todo, quería que dejara las mentiras a un lado, amarse con todo y cada uno de sus defectos sin importar cuantos años cueste, tiene que amarse a sí misma, y aunque ella admitía que su historia era complicada, era su historia y tenía que aprender a vivir con ello, quisiera o no.

Capítulo 8

Había pasado mucho tiempo y no había forma de mentir, lo había pasado de la peor manera, no podía sacarla de mi cabeza, era cierto, quizás era parte de la mágica parte de los recuerdos o de los tormentos, no tenía ni idea de que era, pero si de algo estaba seguro es que estaría bien. Las mismas preguntas de siempre era lo único que se atravesaba en mi mente ¿Dónde está? ¿Cómo estará? ¿Estará bien? ¿Estará viva? Quería pensar que estaba en un lugar mejor donde pudiese comenzar bien, olvidando las mentiras y siendo feliz, olvidándose de todo y siendo feliz. Desaparecer y decir adiós y nunca, nunca más volver.

Un adiós es irse para siempre y olvidarse de todo y ella no lo haría, o al menos no lo había hecho.

Sabía que había pasado meses gracias al calendario tras de la puerta de mi habitación, todo pasaba tan lento, y todo seguía siendo igual, quería ir a buscarla, pero conocía que aquello era sinónimo de decepcionarme, y aunque estaba un poco acostumbrado a esto, no era lo que esperaba ese día, algo dentro de mí me decía que en realidad iban a ser buenas noticias. Durante las clases no era tan miserable, aunque aquello no quitaba que no dejara de pensar en ella, incluso el día que una chica entró al salón de clases dirigiéndose a mí, creí que era la chica nueva de ojos azules que se sentaba atrás de mi quien había llegado por la mañana, a mitad de año, yo sabía lo que era ser nuevo después de tanto tiempo de clases donde casi todos se conocían, así que imaginaba lo difícil que era para ella, pero no era la nueva, era otra chica.

— ¿Eres Gregorio, cierto? —preguntó una chica sacándome de mis pensamientos, por un momento hubiese jurado que era Galilea, llevaba el cabello oscuro, piel suave y clara, ojos marrones y delgada, casi tan delgada como si se fuese a romper, por un momento estuve a punto de decir el nombre de Galilea, pero solo asentí mientras seguía escribiendo.

Ella solo puso un pequeño trozo de papel bajo mi libreta, observe sus pasos con atención, era tan delicada al hacer todo, incluso cuando terminó, guiñándome el ojo izquierdo mientras salía, no dude en leer lo que decía, mis manos no dejaban de temblarme, mis piernas se movían con desesperación, era algo importante.

«Un día dije que amaba tu nombre, Gregorio... y creo que lo sigo haciendo, desastre.

Soy oscuridad y también luz.

Soy tan predecible que cualquiera pudiese sospechar en los momentos

que voy a desaparecer.

Soy fácil de destruir y difícil que reparar.

Y también soy una completa y maldita contradicción y malditamente absurda.

Intentaba escapar de todo y lo... casi lo he conseguido, pero a mi rompecabezas le falta una pieza.

Aquel día no me despedí por completo y ten por seguro que esta vez tampoco, porque probablemente lo que escribí en la carta pasada no era más que uno de mis episodios de desesperación al querer sacar a todos de mi vida, perdóname por ser así, te juro que deseo cambiar aquello, de cualquier modo, te veré en el mismo lugar de siempre.

No, esto no es para nada romántico, yo siempre escribo así.

Galilea».

Salte sobre mi lugar con una resplandeciente sonrisa, ella estaba bien, y no se había olvidado de mí a pesar de todo ese tiempo. Supongo que aunque alguien hubiese notado mi alegría durante clases a nadie le importaba, yo me había convertido en el chico mentiras y todo gracias a ella, y aunque parecía que no me afectaba, me afectaba y... mucho. Incluso Daniel trataba de mantener breves charlas conmigo durante todo ese tiempo, todo era tan diferente, además agregaba mis calificaciones, siempre había sido un chico de notas altas, sin embargo estas iban cada día peor y esto afectaba para la universidad, la época de universidad que todo el mundo desea con desesperación, teniendo que elegir algo que determina por completo tu futuro... y para mí también lo era, y de lo más importante, porque aunque la orientadora siempre preguntaba qué era lo que queríamos, yo respondía con seguridad que quería ser físico y a pesar que algunas veces simplemente sentía que aquello no era para mí trataba de ignorarlo, todo el mundo tiene inseguridades todo el tiempo y más al momento de elegir una carrera, entre lo que te gusta, eres hábil o lo que tiene futuro, pero en ese momento, dudaba por completo de mí, no me creía funcional para la física, pero de igual forma me inscribí en la convocatoria, tendría que comenzar la carrera para saber si aquello era lo que me gustaba.

La campana de salida tocó, guarde todo tan rápido como pude, espere a que todos salieran, sin embargo, Giselle se detuvo a un lado mío.

—Te notó muy feliz, Greg, no es que te miré todo el tiempo, pero tiene tiempo que te veía triste hasta ahora.

—Y lo estoy, Giselle—dije sonriendo—, realmente estoy muy feliz. Debo irme, Giselle.

—¿Algún día podremos hablar sin que tengas tanta prisa?

—Algún día será, Giselle.

Ella sonrió, y yo salí corriendo a «algún sitio» no tarde más de una hora, cuando llegué ella estaba ahí, en silencio con la mirada perdida, podía ver sus ojos llorosos como si estuviese a punto de echarse a llorar y no lo hizo hasta que aparecí carraspeando, ella me volteo a ver con sorpresa, lanzándose a mí.

—Lo siento—sollozó con los hombros hacia abajo y sin levantar el rostro—soy exactamente lo que todo el mundo dice que soy, soy una estúpida—dijo Galilea. Me dolía verla de esa manera, escuchar esas palabras eran decepcionante, esa no parecía ser la Galilea que conocía.

—No lo eres.

Ella no dijo nada, se quedó en silencio mirando hacía el suelo.

—Desde luego que lo soy. Hui de todo, me alejé de todo el mundo, ¿para qué? No funciona de nada, estoy cada día peor y las cosas se complican—añadió aun con la voz áspera.

—Piensas demasiado, deberías dejar de hacerlo.

—Solo desearía dejar de pensar por unos momentos... pero, Greg ¿existimos por pensar o pensamos para existir? el cogito ergo sum no me funciona, pienso, pero no existo.

Me levante del frío suelo, Galilea me miró con el ceño fruncido.

— Galilea, ¿me acompañas a casa? —pregunte con los labios fruncidos, ella volvió a arrugar el entrecejo mientras curveaba sus labios y asentía.

—Por supuesto.

Ella suspiro con bastante fuerza y se levantó acompañándome, volvió a suspirar.

— ¿Podrías seguir con lo que decías?

—Oh, sí—agitó la cabeza—la psiquiatra, Adela, me ha dicho lo mismo, además de la resiliencia y como se supone que debo vivir después de la muerte—le mire con atención, mi mueca mostraba completa duda—. He tenido que ir con mayor frecuencia, aunque todo comenzó cuando mi

madre...—su voz se detuvo tratando de buscar la palabra—falleció de una enfermedad terminal, me aleje de todo, de mi padre, de mis hermanos, de mis amigos—rio con dolor—que se pudran, se los deseo de corazón. Y también me aleje de la persona más importante: yo. Fui diagnosticada con depresión y episodios de ansiedad, estaba aún más delgada de lo que soy ahora, ya que no tenía ganas de hacer algo, me la pasaba durmiendo o despierta durante muchos días, siempre estaba muy cansada hasta que intente...suicidarme una vez hace tres años y medio en el baño del internado, no lo conseguí y tuve que ir con la psiquiatra, además de la medicación fui internada en el hospital psiquiátrico, todos se alejaron de mí por miedo, tenían miedo que en cualquier momento quisiera acabar con mi vida de nuevo —suspiró riendo—, yo recuerdo esas semanas muy frías ya que estaba muy delgada, y solo tenía una cobija y una sábana, en el hospital no había ni una sola ventana, no vi el sol durante mucho tiempo, todo estaba dentro, pero aquellos días no eran muy diferentes que estar en el colegio, al menos en el psiquiátrico se preocupaban por mí, la hora de la comida, la cena, el medicamento, y no estaba tan sola, había gente que estaba igual o peor que yo; en lo que respecta a la comida no estaba mal pero no era la mejor, después, cuando salí del psiquiatra con un control excesivo de todo en mi vida continúe viviendo en el internado a pesar de las indicaciones, en el colegio las chicas eran malas, y yo necesitaba también atención porque la depresión es horrible y yo continuaba con ella, porque a pesar de todo no lograba sentirme bien, seguía sintiendo un vacío, egrese del internado y le pedí a mis abuelos ir a vivir con mi padre, entonces, me libre de más internado y creí que estaría mejor y en pequeños momentos paso pero después simplemente recaía, pero en primer año en la preparatoria hubo una personas que no se alejó, hace dos años él fue quien más me ayudo, supongo que era el hecho de que los dos estábamos rotos, pero honestamente pienso que hay más...pero él no importa ahora.

Él, él. Incluso era raro escuchar ese pronombre.

—Cuando mi madre murió era como si una parte mía también hubiese muerto—terminó de añadir—, ella había vuelto y yo estaba feliz por verla porque tenía meses que no la veía, cuando regresó ella prometió que iría por mí a la primaria, nunca apareció, y cuando llegue me dijeron que ella había muerto. Y fue duro, por supuesto, porque yo creí que estaría ahí por siempre, pero—sus ojos se humedecieron—no vale la pena hablar de eso porque no me gusta recordar.

—Lamento no haber estado ahí.

—No hay nada que lamentar, ella quería eso, ella se lo buscó. La vida es así, lo dije, creemos que somos eternos, pero somos tan indefensos,

tan frágiles, el destino de todos es morir.

Quedamos en silencio, uno de nuestros tan típicos silencios abrumadores, Galilea seguía teniendo los ojos rojos y llorosos, aunque esta vez no me miraba, solo mantenía la vista abajo mientras caminábamos, tampoco era que quisiera que me mirase y le ocurriera algo, pero llevaba la cabeza abajo, como si tuviese algo que ocultar, mucho más que antes, a pesar de que parecía completamente honesta en lo que decía, suponía que había sido difícil aquellos años.

—Así que por aquella razón había un documento de defunción en tu expediente—ella asintió con el ceño un poco fruncido, supongo que estaba confundida—. Llegue a pensar que eras un fantasma, solo para mí el día que no fuiste más.

Galilea aún con el rostro gacho río intentando quitar su cabello de la frente.

—¿No leíste algo más? —negué, si hubiese sabido hubiese conocido la causa y el nombre—, me alegro. Eres la clase de persona que todos deberíamos de tener cuando le falta inspiración al alma—musito— y justo en este momento me siento así; honestamente siento que le falta inspiración a mi alma.

—Todos tienen esa persona... solo hay que encontrarla—respondí.

—Tienes razón—añadió con una sonrisa en el rostro—. Y yo ya te tengo a ti, Greg.

Llegamos a mi casa, abrí la puerta y ambos entramos, ella sonrió al entrar.

—Así que así se siente un hogar—suspiró con la voz entrecortada—, sin cigarros en el suelo o botellas por todas partes o gritos, o...—su voz se rompió.

—Mamá lo hace ver como uno—ella suspiró—iré a mi habitación a por mí chaqueta y a dejar mi mochila, sube... si quieres.

Ella volvió a asentir, ambos subimos las escaleras, al llegar arriba abrí la puerta de mi habitación buscando a tientas el interruptor, hasta que lo encontré y la luz encendió, entramos, deje la mochila sobre la cama y busque en el armario una chaqueta, entonces la puerta principal se escuchó abrirse, parpadee un par de veces tratando de recordar, mi madre no llegaría hasta más tarde... por lo que era extraño.

—Regresemos, creo que alguien se metió a casa o mamá llegó antes.

Galilea fue la primera en salir, yo me quede a apagar el interruptor y cerrar la puerta, iba tras ella, mientras me ponía la americana, baje la mirada un momento hasta que el silencio incomodo volvió a hacer presencia, frente a nosotros estaba mi madre con el ceño fruncido mirando a Galilea, es que claro qué pensaría cualquier cosa viendo a su hijo bajar de su habitación con una chica, pero lo que ella no sabía es que habíamos tenido relaciones en momentos pasados.

—Mamá—sonreí—es Galilea, mi novia.

Mi acompañante curveó los labios intentando saludar a mi madre, pero ella no hizo más que fruncir los labios, sin quitar la mirada sobre Galilea y rodando los ojos ante ella. Galilea retrocedió manteniendo su rostro serio.

—Nos vamos, mamá, regreso después.

Salimos de casa, verdaderamente era incomodo, por lo que caminamos en silencio un parque solitario, las estrellas comenzaban a hacerse presente, los ojos de Galilea se iluminaban cada que levantaba la vista y observaba los astros, caminamos hasta que ella se detuvo a seguir mirando las estrellas.

— ¿De verdad crees que las estrellas son personas que no cumplieron sus sueños? —pregunté.

Ella asintió con una sonrisa en el rostro.

—Lo creo, al menos en mi mente así, y mira, en un par de minutos orión estará sobre nuestras cabezas...

—Mi abuela solía decirme que nunca dejará de ver el cielo, las estrellas y la luna. A ella le fascinaba igual que las plantas, su planta favorita era un helecho y también le gustaban los libros.

—Ella y yo nos llevaríamos bien. Pero, cambiando de tema, dime ¿cuál es tu sueño?

— ¿Mi sueño? —pregunté, ella volvió a asentir con su tan típica sonrisa, en realidad no lo había pensado, no tenía un sueño en mente simplemente creo que jamás lo había pensado lo suficiente—. Yo creo que ir a la universidad, terminar la carrera, conseguir un trabajo...—fue lo único que dije.

—La universidad—su mirada se mantuvo en el césped—la universidad

no te lleva a ninguna parte, solo es la universidad...

—Creo que para mí si es importante—subí los hombros— ¿y cuál es tu sueño?

—Mi sueño es que tu mamá me quiera—rio— ¿le viste el rostro? Parecía irritada y confundida con mi presencia, no me imagino que habrá pensando—volvió a reír—si tan solo lo supiera.

—Hablo en serio, supongo que todos tienen sueños, y dudo que tú no los tengas. Yo iré a la capital a aplicar examen, ¿y tú?

—Odio tanto la capital, me estresa tanto—Ella levantó levemente la cabeza mirando hacia el cielo con una leve sonrisa en su rostro—. Supongo que es... ¿morir? —fruncí el ceño, era extraño eso, mi corazón se aceleró ante su respuesta y mi rostro parecía confundido—es lo que todos esperan que diga, pero admítelo, es algo que nos pasara a todos, así que más que un sueño es una realidad, porque en realidad no tengo un sueño—ella asintió—muchos piensan en su carrera, su futuro en algún cargo político, salvando al mundo, en la ciencia, escribir libros, ser los mejores pintores, ser padres, viajar por todos lados, pero yo no me puedo imaginar hacer algo o pensar en algo más que mi presente o algo tan ordinario, pero a pesar de ello no se me ocurre nada. Yo no tengo sueños, Greg, solo dejo que mi vida improvise, porque si tú no tienes un futuro entonces no esperarás nada, nada de sueños, nada. Entonces me gusta decir que las personas buenas salven el mundo para que los bastardos como yo podamos seguir improvisando.

—Eres un poco extraña—agregue.

—Me lo dicen mucho—sonrió—. Dicen que solo quiero llamar la atención.

Nos quedamos viendo el cielo atardecer por un momento, hasta que comenzó a oscurecer por completo y las estrellas se hicieron presentes, ella posó sus manos sobre mi cuello besándome, era apasionada, cariñosa, melancólica, romántica y triste, Galilea muy pocas veces era feliz y sin duda, ella sacaba la mejor parte de mí, y aunque no soy la clase de chico que se enamora con facilidad, ni tampoco el mejor chico, pero con ella... con ella todo es distinto. Nos separamos, ella únicamente sonreía, tomó mi mano y sonrió.

—Es hora de que me vaya. Esta oscureciendo y no me gusta... la oscuridad, suena infantil—levantó sus cejas y apretó los labios al decir aquello al tiempo que daba media vuelta y salía, desapareciendo de mi vista como siempre.

Ella era oscuridad, pero también luz.
Era una tormenta y un huracán.
Era un completo desastre. Era Galilea.

Aunque le ofrecí acompañarla ella negó y se fue, camine a casa en medio de la oscuridad, abrí la puerta de casa observando a mi madre sentada en el sofá y una chica castaña frente a ella, la castaña me miró sonriendo, era la chica nueva que había entrado hace unos días y se sentaba en el lugar que solía ser de Galilea, yo no hice nada, no le sonreí, no hable, solo camine.

—Gregorio—Mi madre había hablado en aquella ocasión—. Quieres saludar—Sus ojos señalaron a la chica, la cara de mi madre no mostraba más que vergüenza.

—No, Julia no hace falta. Si él no quiere... Soy Astrid—ella estiró su mano frente a mi tratando de hacer el saludo—...creo que no.

Mi madre me fulmina con la mirada.

—Él es Gregorio.

Camine hacia las escaleras ignorando todo, hasta que el murmuró de mí madre me hizo voltear:

—Perdónalo Astrid. Tiene problemas con su novia, ella acaba de morir.

Di media vuelta con la quijada fruncido, ¿cómo podía decir eso? Acababa de ver salir a Galilea de casa, la miró y decía eso...

— ¡Maldita sea! Galilea sigue viva. Galilea está viva y la acabas de ver, ella vio que no le agradaste. Astrid se sienta en el estúpido lugar que ocupaba Galilea.

No había podido evitar gritar. Mi madre piensa que Galilea está muerta.

Ellos piensan que Galilea está muerta.

Todos piensan que Galilea está muerta.

Y de cierta forma, todos ellos tienen razón.

Salí de casa aún molesto, di vueltas por toda la ciudad y aunque conocía la ciudad a la perfección me sentía perdido, no sabía qué hacer, incluso en la mitad de la madrugada camine hasta llegar a un bar-café, no comprendía que hacía ahí, pero algo me había dicho que debía ir a ese lugar, entre y al tiempo me senté en una de las mesas para dos, el sitio

era un completo desastre.

Observe a las personas que estaban ahí, hombres de mediana edad, mujeres de acompañante y una chica que acababa de salir de una oficina con un hombre detrás de ella, ella se fajaba la ropa y recogía su cabello, la observe, cuerpo delgado y frágil hasta que volteó a verme, reconocía esa sonrisa triste por donde la viera. Galilea. Galilea. ¿Qué hacía Galilea ahí?

Ella se acercó cambiando su rostro a serio, bajo la mirada observando la mesa sucia, en cuanto llegó, empezó a limpiar, empecé a ordenar ahí, mientras ella me ignoraba, ofrecí mi ayuda, pero ella negó sin sonreír o hacer otro gesto.

— ¿Qué haces aquí, Gregorio? Creí que estarías en casa—murmuró.

Su rostro no mostraba más que tensión, y no dejaba de mirar hacia atrás.

—Solía venir con mi padre aquí—mentí, él tenía otras razones para vivir, así que cuando mi madre estaba embarazada de mi nos dejó—no sabía que trabajabas aquí y de esa forma.

—Hay tantas cosas que no sabes de mí—añadió ella sin dejar de mirar atrás.

—Lea, ven—se escuchó una voz provenir del mismo sitio de donde Galilea no dejaba de mirar.

Ella dio media vuelta, tuve que tomarla de su muñeca para evitar que caminara

— ¿Quién es él? No quiero más mentiras, Galilea.

—Un conocido...—respondió sin expresión alguna, no quite la mirada de ella ni la solté de la muñeca—. No te preocupes, las chicas con clase no nos besamos en un bar, así que déjame ir—ella se fue caminando a la mesa del hombre, era tan extraño para mí todo eso.

Y justo cuando pensé que conocía a Galilea lo suficiente las cosas cambian, uno siempre cree que conocemos a las personas por completo hasta que alguien nos saca de nuestra realidad, y lo cierto es que uno nunca termina de conocer a las personas.

Los observe por unos minutos, él le pregunto algunas cosas y ella respondía asintiendo o haciendo algunos ademanes, el que iba detrás de ella momentos atrás le tocaba sus piernas, ella solo suspiraba ansiosa hasta que el que la llamo le ofreció una chaqueta y ella se la puso

sobre los hombros caminando, el sujeto que le tocaba las piernas le entrego billetes, ella rodó los ojos asintiendo y guardando el dinero en el delantal, ella solo dio media vuelta a limpiar una de las mesas de la puerta principal mientras otro sujeto regañaba a los otros con una mirada amenazante.

Me levanté caminando hacia ella, después estaba parado frente a Galilea.

—Me dijiste que te aterraba la oscuridad. Lo creí, todo este tiempo me mentiste. En realidad, trabajabas en...—dije con recelo—en este bar, y además...

—Gregorio... no—sus ojos mostraban súplica—no es lo que piensas.

— ¿Qué me hiciste Galilea? Intento alejarme de ti y es imposible. ¿QUE DEMONIOS ME HAS HECHO? —grite, la persona que le había dado la chaqueta volteo a mirarme mostrando odio en su mirada—. Todo el mundo tenía razón...

No me conocía, normalmente era una persona pacífica, hasta lo de Adán, incluso era extraño para mi decirle aquellas palabras, la observé por segundos, su mandíbula temblaba y sus ojos se llenaron de lágrimas, me sentí jodido por haberla hecho llorar, ella no lo merecía. Di media vuelta mientras daba un portazo.

Regresé a casa, suponía que mi madre dormía, así que abrí la puerta y en medio de la oscuridad con una pequeña lámpara para leer de noche mi madre estaba ahí, pasando página a uno de sus libros con una taza de café. Quería suponer que me había ignorado, hasta que su voz hizo presencia.

—Gregorio... —dijo ella, regresé unos pasos hasta quedar frente a ella—no entiendo tu comportamiento. No te he educado para eso, Astrid sólo quería ser... tu amiga.

—No necesito amigos—contesté.

—Escúchame, Galia te hace daño. Ella...

— ¡Galilea! —corregí en un grito, y aunque ella tenía razón no quería aceptarlo.

—Es lo mismo... ella no está bien, hace tiempo fingió su muerte—mi mundo se detuvo por un instante, no sabía quién le había dicho, suspire—. Astrid me lo dijo, ella dice que nadie en tu clase te considera alguien serio después de eso, en lo que tu ayudaste y la apoyaste. ¿Por qué no me lo

contaste? Sabes que puedes confiar en mí.

—De cierta forma nadie está bien.

—Su caso es distinto, finge su muerte, te hace mentir y después...—su voz se detuvo—. Escucha, eres mi hijo y quiero lo mejor para ti, deberías dejarla, ella te ha cambiado tanto en tan poco tiempo, empieza a salir con otras personas... Astrid es una buena opción, ella si merece si es alguien que merezca estar contigo.

Las personas no son opciones, y nadie merece quedar en segundo plano por el rechazo, sentí mi corazón acelerarse. Mi madre no me conocía, ya no más.

—Además trajiste a Galilea como si fuese la mujer con la que te piensas casar... ya hablamos sobre eso, Gregorio.

—Por favor, mamá, no empieces.

—Ya hablamos sobre eso Gregorio, coincidimos en que no traerías a ninguna mujer a casa al menos que te fueses a casar con ella.

Rodé los ojos, era bastante anticuado, pero lo respetaba, aunque no estaba de acuerdo.

— Bien, lamento haberla traído a casa, ahora ¿Podemos hablar después? Un día en el que me sienta menos muerto.

Ella rodó los ojos y continuó con la mirada en el libro.

Estaba molesto y harto.

Capítulo 9

A la mañana siguiente era otro terrible día en la escuela.

Estaba nervioso. Molesto. Triste. Muerto.

Daniel me dirigía la palabra en algunas ocasiones y yo le respondía de la peor manera y él no volvía a insistir, no era la clase de persona que le gustará eso. Astrid se cambió de lugar a la otra esquina del salón con las antiguas amigas de Galilea, sin embargo, siempre que Astrid se acercaba a ellas, Giselle la miraba con precaución, después de todo, se rumoraba que Giselle no soportaba tener cercas a alguien más perfecta que ella, Astrid venía de un colegio caro, hablaba cuatro idiomas con fluidez, tenía muy buenas calificaciones y había demostrado ser la mejor de la clase en tan poco tiempo, además tocaba tres instrumentos, había viajado por el mundo y se sospechaba llevar una buena vida hasta que con un mal contador se llevó todo, pero nadie hablaba que era mi vecina, lo que fue perfecto. Giselle solo maneja el idioma natal e inglés, cantaba bien y era la mejor en la clase, pero Astrid era mejor que Giselle en todo.

Por mi parte, yo quería disculparme con Galilea, no debía haberle dicho todo eso, las palabras dolían más y eso yo lo sabía mejor que nadie. Así que cuando llegaba a casa dormía un buen rato. En realidad, no tenía sueño, quería suponerlo, solo estaba triste, y mucho.

Y desde ese día hasta casi dos semanas después iba a intentar toparme con ella en el bar.

Nada sucedía.

Nuestra relación era un completo desastre, era tanto tóxica como hermosa, y a veces parecíamos ser dos completos extraños. Decidí no esperarla más, ella no iría, la había herido y lo sabía, era consciente de mis actos.

Me mantenía leyendo un cómic en la sala principal de la casa, mi madre había tenido el día libre y aquella había sido una razón para no ir al bar, no quería sus incómodas pero preocupantes preguntas. Podía sentir la mirada de ella sobre mí desde la otra punta de la casa, toda su atención estaba centrada en mí, hasta que hablo obligándome a salir y dejar el cómic, no era un niño para obedecer, pero de igual forma quería despejarme, no tuve más opción que salir, podía sentir un mechón un poco más largo de lo que normalmente llevaba en mi frente. Mire a la castaña que estaba una noche en mi casa, aunque lo negase necesitaba hablar con alguien y Daniel no era una opción, no confiaba lo suficiente,

así toque el hombro de la chica ocasionando que voltease.

— ¿Astrid? —pregunté.

Ella asintió con una leve sonrisa en el rostro, empecé a caminar con un suspiro largo, era una tontería, yo no merecía su atención después de haberme comportado de aquella forma, de reojo vi que ella se levantó y empezó a caminar tras de mí.

— ¿Acaso quieres hablar? —preguntó en voz baja.

—Supongo... es lo que todo el mundo quiere que haga—respondí, pude ver como apretaba la mandíbula.

— ¿Todo el mundo? ¿Por qué?

—Todos piensan que estoy obsesionado con mi novia... y que además soy un mentiroso...

— ¿Por qué? —volvió a preguntar, fijo la mirada en mí.

—Eres muy preguntona—reí levemente igual que ella, aunque quizás a Astrid no le hubiese hecho ni un poco de gracia—. Creo que tu te sabes la historia mejor que yo, las chicas con las que estas eran sus amigas, ella fingió su muerte una vez, yo les dije que ella murió, después aparece, huye, desaparece por semanas, yo la espero, me deprimó, nada sucede... y es una gran mentirosa.

— ¿Mentirosa? —preguntó como si no entendiese la palabra.

—Sí, ella, su vida, todo en ella es una mentira. No la conozco lo suficiente como creo hacerlo—ella se tensó nerviosa.

—Yo creo que lo hace para protegerse o para encajar entre todos, ¿Cuál es el nombre de ella?

—Galilea—respondí, lo dije como si fuese la única persona en el mundo, a pesar de todo, de las mentiras y de todo, la amaba y mucho... y la adoro—añadí.

Pude ver como sus labios forzaban una sonrisa.

— ¿Y qué hay de ti? —giró su cabeza con rapidez con el ceño fruncido, por unos segundos parecía que no comprendía de lo que hablaba hasta que parpadeo varias veces balbuceando.

—Oh... a mí... me va bien. De maravilla—miró al suelo—...creo.

— ¿Tienes novio...o algo? No creas que me interesa.

Me parecía irrelevante, pero su mirada decía que quería que le preguntara a ella, de lo que sea, pero que hablase, pero aun así su rostro mostro sorpresa cuando le pregunte, a mí no me importaba lo que pasase en su vida.

—Lo cierto es que yo...no lo sé... Hace unos días creía que sí, pero ahora él es cortante y parece que no le importó. Supongo que así somos los adolescentes, nada es duradero. Pero todo es culpa mía

—Verdaderamente los hombres somos unos idiotas—añadí, me sentía con todo el derecho de decirlo después de haber dicho eso a Galilea, cuando creí en los rumores...— y no solo los hombres, todo el mundo somos un poco idiota.

Ella volteó a mirar a su casa, mirando así la ventana de la puerta principal y observando a su madre hablarle desde la ventana, ella sonrió con modestia mientras se despedía de mí y caminaba a su casa. Por mi parte, hice lo mismo, regresar a casa, hablar con Astrid me había ayudado bastante, me había hecho sentir mejor, pero aquello no quitaba la culpa que tenía por haber dicho aquello a Galilea, me estaba convirtiendo como ella odiaba que fueran y me empezaba a detestar por ello.

Capítulo 10

A la mañana siguiente era otro terrible día en la escuela.

Estaba nervioso. Molesto. Triste. Muerto.

Daniel me dirigía la palabra en algunas ocasiones y yo le respondía de la peor manera y él no volvía a insistir, no era la clase de persona que le gustará eso. Astrid se cambió de lugar a la otra esquina del salón con las antiguas amigas de Galilea, sin embargo, siempre que Astrid se acercaba a ellas, Giselle la miraba con precaución, después de todo, se rumoraba que Giselle no soportaba tener cercas a alguien más perfecta que ella, Astrid venía de un colegio caro, hablaba cuatro idiomas con fluidez, tenía muy buenas calificaciones y había demostrado ser la mejor de la clase en tan poco tiempo, además tocaba tres instrumentos, había viajado por el mundo y se sospechaba llevar una buena vida hasta que con un mal contador se llevó todo, pero nadie hablaba que era mi vecina, lo que fue perfecto. Giselle solo maneja el idioma natal e inglés, cantaba bien y era la mejor en la clase, pero Astrid era mejor que Giselle en todo.

Por mi parte, yo quería disculparme con Galilea, no debía haberle dicho todo eso, las palabras dolían más y eso yo lo sabía mejor que nadie. Así que cuando llegaba a casa dormía un buen rato. En realidad, no tenía sueño, quería suponerlo, solo estaba triste, y mucho.

Y desde ese día hasta casi dos semanas después iba a intentar toparme con ella en el bar.

Nada sucedía.

Nuestra relación era un completo desastre, era tanto tóxica como hermosa, y a veces parecíamos ser dos completos extraños. Decidí no esperarla más, ella no iría, la había herido y lo sabía, era consciente de mis actos.

Me mantenía leyendo un cómic en la sala principal de la casa, mi madre había tenido el día libre y aquella había sido una razón para no ir al bar, no quería sus incómodas pero preocupantes preguntas. Podía sentir la mirada de ella sobre mí desde la otra punta de la casa, toda su atención estaba centrada en mí, hasta que hablo obligándome a salir y dejar el cómic, no era un niño para obedecer, pero de igual forma quería despejarme, no tuve más opción que salir, podía sentir un mechón un poco más largo de lo que normalmente llevaba en mi frente. Mire a la castaña que estaba una noche en mi casa, aunque lo negase necesitaba hablar con alguien y Daniel no era una opción, no confiaba lo suficiente,

así toque el hombro de la chica ocasionando que voltease.

— ¿Astrid? —pregunté.

Ella asintió con una leve sonrisa en el rostro, empecé a caminar con un suspiro largo, era una tontería, yo no merecía su atención después de haberme comportado de aquella forma, de reojo vi que ella se levantó y empezó a caminar tras de mí.

— ¿Acaso quieres hablar? —preguntó en voz baja.

—Supongo... es lo que todo el mundo quiere que haga—respondí, pude ver como apretaba la mandíbula.

— ¿Todo el mundo? ¿Por qué?

—Todos piensan que estoy obsesionado con mi novia... y que además soy un mentiroso...

— ¿Por qué? —volvió a preguntar, fijo la mirada en mí.

—Eres muy preguntona—reí levemente igual que ella, aunque quizás a Astrid no le hubiese hecho ni un poco de gracia—. Creo que tu te sabes la historia mejor que yo, las chicas con las que estas eran sus amigas, ella fingió su muerte una vez, yo les dije que ella murió, después aparece, huye, desaparece por semanas, yo la espero, me deprimó, nada sucede... y es una gran mentirosa.

— ¿Mentirosa? —preguntó como si no entendiese la palabra.

—Sí, ella, su vida, todo en ella es una mentira. No la conozco lo suficiente como creo hacerlo—ella se tensó nerviosa.

—Yo creo que lo hace para protegerse o para encajar entre todos, ¿Cuál es el nombre de ella?

—Galilea—respondí, lo dije como si fuese la única persona en el mundo, a pesar de todo, de las mentiras y de todo, la amaba y mucho... y la adoro—añadí.

Pude ver como sus labios forzaban una sonrisa.

— ¿Y qué hay de ti? —giró su cabeza con rapidez con el ceño fruncido, por unos segundos parecía que no comprendía de lo que hablaba hasta que parpadeo varias veces balbuceando.

—Oh... a mí... me va bien. De maravilla—miró al suelo—...creo.

— ¿Tienes novio...o algo? No creas que me interesa.

Me parecía irrelevante, pero su mirada decía que quería que le preguntara a ella, de lo que sea, pero que hablase, pero aun así su rostro mostro sorpresa cuando le pregunte, a mí no me importaba lo que pasase en su vida.

—Lo cierto es que yo...no lo sé... Hace unos días creía que sí, pero ahora él es cortante y parece que no le importó. Supongo que así somos los adolescentes, nada es duradero. Pero todo es culpa mía

—Verdaderamente los hombres somos unos idiotas—añadí, me sentía con todo el derecho de decirlo después de haber dicho eso a Galilea, cuando creí en los rumores...— y no solo los hombres, todo el mundo somos un poco idiota.

Ella volteó a mirar a su casa, mirando así la ventana de la puerta principal y observando a su madre hablarle desde la ventana, ella sonrió con modestia mientras se despedía de mí y caminaba a su casa. Por mi parte, hice lo mismo, regresar a casa, hablar con Astrid me había ayudado bastante, me había hecho sentir mejor, pero aquello no quitaba la culpa que tenía por haber dicho aquello a Galilea, me estaba convirtiendo como ella odiaba que fueran y me empezaba a detestar por ello.

Capítulo 11

Definitivamente ya no me comprendía, había dejado de hacerlo por mucho tiempo, necesitaba olvidar a Galilea, pero mi subconsciente se esforzaba por recordármela, sabía que la necesitaba, sus besos, sus palabras, su dolor, su tristeza, su oscuridad, su filosofía absurda y aunque no lo admitiera también estar dentro de ella. Pero también, su esperanza que mantenía ante las situaciones.

La necesitaba a ella.

Todo el tiempo tenía la mente perdida, mis calificaciones y mi concentración había bajado, reconocía que no necesitaba a nadie para seguir viviendo, pero con ella era completamente diferente, la necesitaba a mi lado, era estúpido lo que decía, que prefería mi razonamiento, pero los sentimientos... los sentimientos podían más conmigo, incluso en casa, cuando me quedaba mirando en busca de nada a través de la ventana porque pensaba en ella y la manera en como me hacía sentir, mi madre solía entrar y se quedaba mirándome con el ceño fruncido.

— ¿En qué piensas, Gregorio? —preguntó ella, estaba recargada en el marco de la puerta observándome.

Revolotee mi cabeza girando mientras la miraba.

— Yo...—tragué saliva volteando a verla—no, nada... espero a Astrid.

Ella volteó los ojos a la izquierda, desviando la mirada de mí.

— ¿Desde la ventana?

Asentí, y no mentía, aunque mis pensamientos se mantenían plagados de Galilea esperaba a Astrid, quería verla salir y después bajar a hablar con ella. Volví a voltear la mirada y observé que ella se sentaba en la acera mirando la increíble vista que teníamos a la ciudad principal, a ella le encantaba observar y lo sabía.

— ¿Lo ves? Ella está abajo ahora, yo creo que quiere compañía—me levante de la silla giratoria mientras mi madre solo me miraba, incluso su mirada me asustaba un poco.

Mientras salía mi madre iba tras de mí, podía sentir su sombra, cuando llegue a la planta baja y estaba a punto de abrir la puerta ella habló.

— Deje comida congelada para que comas después, trata de comer ¿quieres? —Tomó con sus delicadas manos mi mandíbula, era extraño para mí, no era más un niño—intenta no buscar a Galilea, sé que solo

piensas en ella y te haces daño, como madre, quiero lo mejor para ti y estoy segura que ella no lo es—quitó su mano—tengo turno esta noche, así que te veré mañana.

Asentí, ella caminó al sofá donde había dejado su bolsa, por mi parte ya había salido de la casa, a mitad de mi camino llegando a donde Astrid se encontraba, mi madre me grito despidiéndose de mí, yo solo rodé los ojos y me senté aun lado de Astrid.

— Hola, Gregorio—dijo ella, mirando el cielo.

—Astrid—respondí.

Hubo silencio entre los dos, yo solo miraba la parte central de la ciudad que se encontraba bajando todo el camino boscoso, imaginando que en alguna parte de ahí Galilea debe estar buscando esperanza. Mis pensamientos solo se basaban en Galilea, incluso no escuchaba la voz de Astrid hasta que habló más alto y movió su mano frente a mis ojos, revolotee mi cabeza.

— Te estoy hablando—dijo cuando al fin la mire— ¿Cómo va todo con Galilea?

—Ehhh...—balbuceé—no lo sé, todo es tan complicado... es difícil de explicar, estamos bien, pero no estamos bien... Ella me terminó porque...

—Mentiras—dijimos al unisonó, al terminar ella soltó un bufido acompañado de una diminuta risa.

—Sí—respondí después de un rato—ella me miente, me ha echado en cara parte de lo que he hecho y dice que solo la veo como una máquina sexual—murmuré, sus mejillas se coloraron—fue eso, fue todo. Soy un imbécil.

Ella bajó la cabeza sonriendo con amargura.

— ¿Qué tipo de mentiras dijiste? —pregunté.

— Dije que papá viajaba por el mundo por negocios, yo tenía lo que quería con solo parpadear, quise ser igual que ellos en el sentido material, tu entiendes, o eso espero. Me siento tan idiota, ni siquiera mi antigua mejor amiga me ha hablado todo este tiempo, porque sé que tengo la culpa por ser tan idiota.

— Curioso—susurré—me siento exactamente igual.

Ella sonrió y yo le devolví la sonrisa, no podía hablar, recordé a Galilea y la garganta me empezó a quemar, me dolía hablar así que solo nos quedamos en silencio mirando otra vez la diminuta ciudad que se veía a distancia. Hablar con Astrid me entretenía que llegaba a sacarme de mis pensamientos, aunque nuestras conversaciones eran casi siempre lo mismo y aquello lo miraba con indiferencia había veces en las que solo quería dejar de hablar de Galilea. Miramos por un buen tiempo el cielo y cuando menos nos dimos cuenta había oscurecido, el cielo se estaba tornando de estrellas.

—Giselle dice que odia a Galilea y que ella prefiere que se haya ido de su vida para siempre—añadió, yo levante una ceja en señal de interrogación, ella continuó—, dice que no podía con el hecho de tener a alguien que siempre refutara sus argumentos, alguien que fuese más bonita, que se la hubiera...—rodó los ojos—ya sabes—negué, sus mejillas cambiaron de color nuevamente, hecho oral a Arturo, cuando a Giselle le gustaba él, que salieras con ella, porque después le gustaste—me sorprendí—, o que Adán estuviese detrás de ella, porque también le gustaba él—ella se encogió de hombros—, es una lástima que su antigua amiga hablara tan mal de ella.

—A Galilea tampoco era que le importará tanto.

—Ella fingía que no, pero es claro que sí—rodó su cabeza—mamá dice que vaya adentro—sonrió— nos vemos mañana, Greg.

Ella se despidió y decidió ir a dormir, por mi parte solo entre a calentar la comida congelada que mamá había dejado.

Capítulo 12

Me entretenía bastante hablar con Astrid, durante todas las tardes ella y yo hablábamos de todas las cosas, fue así durante cinco meses por más mundano que sonase, incluso muchos días más tardes mientras intentaba dormir me planteaba la misma pregunta, seguía amando a Galilea, pero aquello no quitaba nuevas posibilidades de salir con nuevas personas, yo sabía que lo había pasado muy bien con Galilea, con ella había sido mi primera vez en muchos aspectos, pero no sabía si con otras personas sería igual. Mi relación con Astrid iba mejorando cada día más, éramos incluso lo más parecido a mejores amigos y aquello me había hecho pensarme lo que le diría.

Mamá como todos los días iba a su trabajo, y por mi parte esperaba a través de la ventana principal a Astrid, aquel día al verla sentarse en la acera como todos los días, me levanté de la silla giratoria y salí corriendo a donde ella estaba, me senté aun lado de ella sin decir nada.

— ¿Estás bien? —preguntó ella, sus ojos azules me miraron fijamente.

Yo solo asentí sin decir nada.

— Escucha, Astrid—carraspee, ella me miraba con bastante atención incluido su ceño fruncido y sus labios formaron una fina línea curveada—... todo el mundo quiere que haga esto—me interrogó con la mirada—... mi madre, Daniel, incluso Galilea, estoy seguro—trague saliva— ¿Te gustaría ser mi novia?

Pude ver como su quijada se había forzado, su mandíbula se veía tensa, trato de disimularlo, aunque no lo hizo tan bien, me sonrió falsamente.

— Sí, sí quiero.

Yo no me podía comparar ni un poco, ni siquiera un poco con su exnovio quien le había hecho la propuesta con una rosa que Astrid seguía conservando y además la había llevado a un paseo, según cuenta ella emocionante, aunque no dio detalles, además iba acompañado de una pequeña nota escrita en italiano, de una forma tan sencilla pero linda a pesar de que el chico tuviese dinero por parte de los padres. Yo en cambio, no tenía ni idea del porque lo había hecho. Yo era un imbécil, eso es lo que era.

Seguía recordándome que Galilea había vuelto a desaparecer cinco meses atrás y yo era un completo desastre, no sabía nada de ella y aquello me preocupaba y en varias ocasiones me fui casi imposible

ocultarlo, pero aun así nadie se quedaba a preguntar que me sucedía.

Cuando había pasado más de una semana que Astrid y yo saliésemos y mi madre lo sabía, ella estaba bastante feliz por ello, le alegraba que comenzara a salir con ella.

—Ella es una buena chica, es excelente—había dicho, después dio un sorbo a la taza de té—. Me alegra tanto que te hayas olvidado a esa chica tan extraña...

Todo lo hacía por despecho, sabía que no era sano salir con Astrid solo para querer olvidar a Galilea. No dudaba que Astrid no conociera que lo hacía para superar a Galilea ella también me lo había dicho en varias veces: —Solo quiero ayudarte, Greg.

Aunque también por una parte creía que Astrid y yo nos parecíamos tanto y podíamos entendernos un poco más, ambos necesitábamos amor, y no del amor familiar o incluso del propio, sino que el corazón de ella se había ido con Jamie, su exnovio y el mío con Galilea, porque definitivamente y aunque el tiempo pasase seguiríamos con esa dañina obsesión que manteníamos con ellos.

Y si algo debía de agradecer es que en las clases no era tan miserable, al menos me podía perder de mis sentimientos. De mis pensamientos. De mí.

— ¿Y cómo va todo con Astrid? —había preguntado Daniel con un intento de sonrisa mirándola de reojo, ella estaba con sus amigas.

Mal.

— Bien—respondí sin gesto alguno.

— Que bien...—dijo sin ánimos— ya te has olvidado de ella...

Negué, quería, necesitaba y debía hacerlo, pero algo me impedía hacerlo.

— Yo creo que deberías estar haciéndolo, por culpa de Galilea toda la escuela te llama mentiroso, nadie te soporta... y has perdido a personas—pensé lo que Daniel había dicho, si ellos hubiesen sido mis amigos no hubiesen tomado esa decisión, los amigos se apoyan—. Astrid es una buena chica y no merece que le rompas el corazón...

—Ella sabe que todo es por despecho...

—Olvida a Galilea, fingir una muerte no es sano. Ni siquiera sé porque

la apoyaste en su mentira.

—Por amor se hace todo.

Todo. Todo, claro.

Pero ella no se ha quedado por amor.

Quería liberarme de mis pensamientos, pero me era casi imposible, no entendía ¿tan hijo de puta fui para quedarme solo? Cuando ella se fue, cuando todos se fueron.

— Han pasado unos meses y unos días...— Mi garganta parecía quemarme, no podía seguir hablando, las palabras me dolían— ¿Tú crees que ella siga viva?

—Amigo—pronunció con dolor en la palabra, al menos eso se escuchaba—no lo sé.

Menee la cabeza, no lo aceptaba, no lo haría nunca.

— Quiero escuchar la historia del porque llamaban así a Galilea, todo lo que sucedió con ella antes de que yo llegase—insistí, él me miró con mala cara, no me comprendía—por favor, no debe ser tan malo porque sé que no lo es.

—Vale—Se quedó en silencio un buen tiempo pensando—aunque no creo que te guste escucharla. Mira, había un profesor, se llama Emiliano Lombardi—recordé las palabras de Lana y las de Galilea—el sujeto era un maldito treintón guapo, físico de profesión y nos daba física antes del viejo de ahora, él y Galilea hablaban mucho durante clases, o fuera de ellas, Galilea se iba a hablar con él... sí sé que dirás que quizás tenía dudas sobre temas, pero Gregorio, no te engañes, no era así, nunca era sobre sus dudas. Un día, era un día lluvioso—recordó posando sus pupilas al techo—, muchos de aquí íbamos de camino a casa, y ahí estaba Galilea, como todos, empapada por la lluvia, el profesor se detuvo frente a ella, le abrió la puerta de su auto y la dejó entrar, nosotros vimos a través de los cristales del auto como le daba su cazadora... ellos tenían algo, Gregorio, ella no es la clase de chica que solo habla, te engañó como lo hizo con todos en un inicio. Insisto, ellos tenían algo que iba más allá de las pláticas o los saludos, Galilea le pregunto si le había gustado, y se confirmo lo que creíamos... Él renuncio tras ese día, el muy cobarde tenía miedo de las consecuencias y Galilea no era muy abierta respecto a su vida.

—Solo creo que la han juzgado demasiado rápido... quizás solo

malinterpretaron las cosas...

—Como sea, ella es distinta, las cosas malas traen cosas malas, un ejemplo claro es Galilea y las cosas buenas traen buenos resultados, y Astrid se pudiese ocupar de ejemplo.

— Se supone que los amigos nos hacen sentir mejor—Le di una palmada en la espalda mientras iba de salida—. Recuerda eso.

De buena o mala manera ella me enseñó lo que era el amor, me hizo sentir cosas que nunca imagine, porque, aunque odiaba admitirlo, así era, yo amaba a Galilea como un hombre ama a una mujer que nunca ha tocado, de la que únicamente escribe y guarda una fotografía.

Capítulo 13

Me entretenía bastante hablar con Astrid, durante todas las tardes ella y yo hablábamos de todas las cosas, fue así durante cinco meses por más mundano que sonase, incluso muchos días más tardes mientras intentaba dormir me planteaba la misma pregunta, seguía amando a Galilea, pero aquello no quitaba nuevas posibilidades de salir con nuevas personas, yo sabía que lo había pasado muy bien con Galilea, con ella había sido mi primera vez en muchos aspectos, pero no sabía si con otras personas sería igual. Mi relación con Astrid iba mejorando cada día más, éramos incluso lo más parecido a mejores amigos y aquello me había hecho pensarme lo que le diría.

Mamá como todos los días iba a su trabajo, y por mi parte esperaba a través de la ventana principal a Astrid, aquel día al verla sentarse en la acera como todos los días, me levanté de la silla giratoria y salí corriendo a donde ella estaba, me senté aun lado de ella sin decir nada.

— ¿Estás bien? —preguntó ella, sus ojos azules me miraron fijamente.

Yo solo asentí sin decir nada.

— Escucha, Astrid—carraspee, ella me miraba con bastante atención incluido su ceño fruncido y sus labios formaron una fina línea curveada—... todo el mundo quiere que haga esto—me interrogó con la mirada—... mi madre, Daniel, incluso Galilea, estoy seguro—trague saliva— ¿Te gustaría ser mi novia?

Pude ver como su quijada se había forzado, su mandíbula se veía tensa, trato de disimularlo, aunque no lo hizo tan bien, me sonrió falsamente.

— Sí, sí quiero.

Yo no me podía comparar ni un poco, ni siquiera un poco con su exnovio quien le había hecho la propuesta con una rosa que Astrid seguía conservando y además la había llevado a un paseo, según cuenta ella emocionante, aunque no dio detalles, además iba acompañado de una pequeña nota escrita en italiano, de una forma tan sencilla pero linda a pesar de que el chico tuviese dinero por parte de los padres. Yo en cambio, no tenía ni idea del porque lo había hecho. Yo era un imbécil, eso es lo que era.

Seguía recordándome que Galilea había vuelto a desaparecer cinco meses atrás y yo era un completo desastre, no sabía nada de ella y aquello me preocupaba y en varias ocasiones me fui casi imposible

ocultarlo, pero aun así nadie se quedaba a preguntar que me sucedía.

Cuando había pasado más de una semana que Astrid y yo saliésemos y mi madre lo sabía, ella estaba bastante feliz por ello, le alegraba que comenzara a salir con ella.

—Ella es una buena chica, es excelente—había dicho, después dio un sorbo a la taza de té—. Me alegra tanto que te hayas olvidado a esa chica tan extraña...

Todo lo hacía por despecho, sabía que no era sano salir con Astrid solo para querer olvidar a Galilea. No dudaba que Astrid no conociera que lo hacía para superar a Galilea ella también me lo había dicho en varias veces: —Solo quiero ayudarte, Greg.

Aunque también por una parte creía que Astrid y yo nos parecíamos tanto y podíamos entendernos un poco más, ambos necesitábamos amor, y no del amor familiar o incluso del propio, sino que el corazón de ella se había ido con Jamie, su exnovio y el mío con Galilea, porque definitivamente y aunque el tiempo pasase seguiríamos con esa dañina obsesión que manteníamos con ellos.

Y si algo debía de agradecer es que en las clases no era tan miserable, al menos me podía perder de mis sentimientos. De mis pensamientos. De mí.

— ¿Y cómo va todo con Astrid? —había preguntado Daniel con un intento de sonrisa mirándola de reojo, ella estaba con sus amigas.

Mal.

— Bien—respondí sin gesto alguno.

— Que bien...—dijo sin ánimos— ya te has olvidado de ella...

Negué, quería, necesitaba y debía hacerlo, pero algo me impedía hacerlo.

— Yo creo que deberías estar haciéndolo, por culpa de Galilea toda la escuela te llama mentiroso, nadie te soporta... y has perdido a personas—pensé lo que Daniel había dicho, si ellos hubiesen sido mis amigos no hubiesen tomado esa decisión, los amigos se apoyan—. Astrid es una buena chica y no merece que le rompas el corazón...

—Ella sabe que todo es por despecho...

—Olvida a Galilea, fingir una muerte no es sano. Ni siquiera sé porque

la apoyaste en su mentira.

—Por amor se hace todo.

Todo. Todo, claro.

Pero ella no se ha quedado por amor.

Quería liberarme de mis pensamientos, pero me era casi imposible, no entendía ¿tan hijo de puta fui para quedarme solo? Cuando ella se fue, cuando todos se fueron.

— Han pasado unos meses y unos días...— Mi garganta parecía quemarme, no podía seguir hablando, las palabras me dolían— ¿Tú crees que ella siga viva?

—Amigo—pronunció con dolor en la palabra, al menos eso se escuchaba—no lo sé.

Menee la cabeza, no lo aceptaba, no lo haría nunca.

— Quiero escuchar la historia del porque llamaban así a Galilea, todo lo que sucedió con ella antes de que yo llegase—insistí, él me miró con mala cara, no me comprendía—por favor, no debe ser tan malo porque sé que no lo es.

—Vale—Se quedó en silencio un buen tiempo pensando—aunque no creo que te guste escucharla. Mira, había un profesor, se llama Emiliano Lombardi—recordé las palabras de Lana y las de Galilea—el sujeto era un maldito treintón guapo, físico de profesión y nos daba física antes del viejo de ahora, él y Galilea hablaban mucho durante clases, o fuera de ellas, Galilea se iba a hablar con él... sí sé que dirás que quizás tenía dudas sobre temas, pero Gregorio, no te engañes, no era así, nunca era sobre sus dudas. Un día, era un día lluvioso—recordó posando sus pupilas al techo—, muchos de aquí íbamos de camino a casa, y ahí estaba Galilea, como todos, empapada por la lluvia, el profesor se detuvo frente a ella, le abrió la puerta de su auto y la dejó entrar, nosotros vimos a través de los cristales del auto como le daba su cazadora... ellos tenían algo, Gregorio, ella no es la clase de chica que solo habla, te engañó como lo hizo con todos en un inicio. Insisto, ellos tenían algo que iba más allá de las pláticas o los saludos, Galilea le pregunto si le había gustado, y se confirmo lo que creíamos... Él renuncio tras ese día, el muy cobarde tenía miedo de las consecuencias y Galilea no era muy abierta respecto a su vida.

—Solo creo que la han juzgado demasiado rápido... quizás solo

malinterpretaron las cosas...

—Como sea, ella es distinta, las cosas malas traen cosas malas, un ejemplo claro es Galilea y las cosas buenas traen buenos resultados, y Astrid se pudiese ocupar de ejemplo.

— Se supone que los amigos nos hacen sentir mejor—Le di una palmada en la espalda mientras iba de salida—. Recuerda eso.

De buena o mala manera ella me enseñó lo que era el amor, me hizo sentir cosas que nunca imagine, porque, aunque odiaba admitirlo, así era, yo amaba a Galilea como un hombre ama a una mujer que nunca ha tocado, de la que únicamente escribe y guarda una fotografía.

Capítulo 14

Por la mañana siguiente era la misma típica y tan aburrida rutina cansada, no me gustaba ni un poco, deseaba hacer otro tipo de cosas además de ir al instituto, regresar y quedarme en casa sin hacer nada, quería hacer tantas cosas distintas, como viajar, salir con más personas... ser una persona distinta, y lo era, cada segundo que pasaba no era la misma persona que era el tiempo atrás, los cambios siempre eran constantes, aunque quería otra clase de cambio.

Llegué al instituto y en cuanto entre fui directamente a mi pupitre sin prestar atención de lo que sucedía a mi alrededor, quería perderme del mundo y sabía que aquello no era la solución, ignorar el mundo no era una solución. Me quede mirando mi cuaderno en silencio por unos minutos, sin quitar la mirada, hasta que parpadee mirando todo a mi alrededor, algunas chicas se retocaban su maquillaje, algunos chicos salían a jugar fútbol americano, algunos permanecían en silencio meneando su cabeza mientras escuchaban música, y yo...solo recordaba.

— Gregorio—interrumpió Daniel— ¿Sigues recordándola?

— Sí...—me limite a decir—. No puedo olvidarla, los recuerdos me invaden, ella es egoísta, ella es...

— Toma... fuma... escribe... lo mejor para olvidar.

— Ya lo creo—murmuré, no estaba totalmente de acuerdo, pero aun así asentí— ¿Y si está muerta? Quiero decir, me resisto a pensar en ello porque me visito en la noche, pero ella lo deseaba, y quizás en la madrugada...Definitivamente no.

Daniel no dijo nada, ya había dicho lo que pensaba muchos días atrás. Él continuó hablando, pero yo solo veía solo como movía la boca, no escuchaba sus palabras, en realidad no me importaban, para cuando Daniel lo comprendió solo salió a jugar Soccer, y para mí era mejor, al menos podía pensar, que sonaba bastante estúpido, y era lo que menos quería hacer. Parpadee un par de veces y mire a mí alrededor; todos viviendo y yo muriendo, pero había alguien en específico que se observaba bastante bien: Adán, quien leía con la mirada un libro que me había llamado mucho la atención tiempo atrás, y además que Adán no se pudiese considerar alguien que le gustase leer. El libro era Durmiendo en el suelo.

«— ¿Qué piensas de esas siete pastillas? —cuestione, ella volteo a verme una vez más con el ceño fruncido, supongo que no tenía ni idea de lo que hablaba —. Lo que dice el libro —señale, ella leyó en voz baja. — ¿Si... te

matan?

¿Piensas suicidarte con pastillas? —Me sonrió, yo solo mantuve el rostro serio —Todo depende de qué tipo de pastillas utilices, aunque si lo piensas bien son las suficientes.»

— Adán—grite, varias personas voltearon a ver, aunque se voltearon al momento— ¿Acaso ese libro es Durmiendo en el suelo?

Él asintió con una sonrisa.

— Una recomendación de Galilea. Uno de sus libros favoritos.

Mi corazón pálpito, era extraño.

— ¿Cómo lo sabes? —pregunte sin expresión alguna en mi rostro.

— Ella me lo dijo.

Todo el mundo debe continuar con su vida y lo sé, pero Galilea, ella con Adán. Estaba decepcionado. Decidí no hablar más, solo suspire y regrese a mi postura, y así pasaron horas, tratando de disimular que me encontraba bien, aunque claro, no lo lograba, para mí era bastante complicado aquello.

Para cuando salí de clases fui directamente a «algún sitio», como siempre, esperaba encontrarme con lo mismo, todo lleno de hiervas y un profundo silencio, pero mis suposiciones son erróneas, al llegar me detengo en la puerta, escucho con atención, se escuchaban notas de alguna canción clásica acompañada de risas y carcajadas. Decido mirar al suelo, se miran siluetas bailando, abrí la puerta con silencio, no quería suponer nada que no fuese cierto hasta que... ¡mierda!, ella estaba ahí, Galilea estaba ahí, acompañada de Adán.

Galilea voltea a mirarme, sus labios curvados me miraron con cinismo.

— Gregorio...—las risas, la música, el mundo se detiene, bien pareciese que solo estamos ella y bien, pero no todo era como lo deseaba—Disculpa—le dijo a Adán mientras se acercaba a mí, alejándose lo suficiente de Adán—. Te dije que no me buscaras más, yo no te molesto cuando estás con Astrid, tu no lo hagas—yo no sabía que decir—, como sea, hay cosas que quiero resolver contigo, te veré esta noche a las nueve cuarenta y cinco en el café italiano.

— Tú sabes que no te puedo olvidar—susurre—. Te veré allá.

Era un completo estúpido, estaba mal, me sentía un idiota, aunque Astrid tenía completamente razón, Galilea y yo no éramos absolutamente nada, esa era la palabra perfecta para definirnos, pero aun así me empeñaba en molestarla.

En cuanto me doy media vuelta ellos continúan riendo, no lo soporto y decidí salir. No soportaba mirarle feliz junto a Adán, y era egoísta, bastante, porque después de todo ella merecía felicidad a como diera lugar.

Llegue a casa, hice un poco de tarea y dormí y al despertar salí lo más rápido que pude con mi mochila en hombros, camine al lugar donde ella me había citado, no estaba muy lejos de casa y aquello me agradaba. Al llegar y entrar al lugar con aires de los sesentas, no era mi lugar favorito, pero me parecía agradable.

Con la mirada trate de buscarle y no está por ninguna parte, en realidad no me sorprende ni un poco. Para perder el tiempo decidí sentarme en la barra y al menos contemplar el menú que se encontraba en la parte superior de la pared.

— ¿Vas a llevar algo? —pregunto la chica castaña clara detrás de la barra.

Me lo pensé unos segundos, recordaba un comentario que había escuchado: «si has llegado al lugar y no hay nadie, espera quince minutos sin pedir nada. Pasando ese tiempo si no llega esa persona tienes dos opciones; irte o pedir algo mientras sigues esperando».

— Ahora no—respondí.

Ella subió los hombros con una sonrisa en su rostro dando media vuelta y atendiendo a otra persona.

Y pasaron los quince minutos, y más tiempo, ella no apareció. Había sido un gran error decidir esperarla, ella estaba haciendo su vida, intentando ser feliz. No pedí nada y salí del sitio. Fuera, había una gran tormenta que me había causado regresar a la realidad.

Al salir de la cafetería solo subí el gorro de mi sudadera, intentando cubrirme de la lluvia, pero aun con eso me había empapado, al llegar a la puerta de mi casa, me lo pensé por segundos, conocía a mi madre, ella me protegía mucho, por lo que no toleraría verme así, no tuve más opción que ir a la casa de Astrid. Toque a la puerta y espere unos segundos hasta que ella apareció frente a mí abriendo sus ojos azules.

— Gregorio...—Ella no hizo más que abrir la boca mostrando un poco

sus dientes—. Pasa.

Agradecí en silencio mientras pasaba, ella camino deprisa a por toallas y al llega intente secarme el cabello y un poco la ropa.

— ¿Qué hacías fuera? —Preguntó sin quitar la mirada de mí—. Es tarde y está lloviendo.

Seguía secándome el rostro, suspiré con fuerza y la miré, las palabras me quemaban la boca.

— Esperaba a Galilea—sus cejas se entrecerraron mostrando curiosidad—. Soy un estúpido, no es más que un círculo vicioso y toxico. Hoy por la tarde vi a Galilea, ella me citó en el café italiano, se supone que hablaríamos. Yo quería saber todo, pasaron más de quince minutos, y ella no llegó. He sacado conclusiones y creo que ella olvida rápido, ahora sale con Adán y no me quiere más en su vida.

Volvió a mirarme, parecía que no comprendía lo que pasaba.

— Creo que no me entiendes...

— Te entiendo, Gregorio... lo entiendo, pero...

— Le vi leyendo un libro, pregunte lo que leía, él dijo que era una recomendación de Galilea, ¡SOY UN ESTUPIDO! —grité, ella puso sus dedos en su boca en señal que guardase silencio, lo comprendía, era tarde y sus padres intentaban descansar—. Fui al lugar donde solíamos vernos... y ellos dos estaban juntos—. Las palabras me quemaban la garganta, el sentimiento no moría, me mataba—. Sé que ya no somos nada, ella me lo dijo ese día, ese mismo día dijo que me amaba.

— Ella no te ama, le gusta ver cómo te destruyes por ella—dijo—. Deja de pensar en ella, en tus sentimientos... te estas arruinando.

— Ojala pudiese apagar todos los pensamientos... apagar lo que siento, pero es casi imposible dejar de pensar en...en todo.

Seguía sin perder la esperanza, no entendía porque seguía conservándola, la esperanza es para ilusos; para los creyentes, no para mí. Adán no merecía el amor de Galilea, él solo era... él. Para cuando ya estaba un poco más seco y la lluvia había cesado me despedí de Astrid y caminé a mi casa, donde mi madre me estaba en el sofá con la taza de café y su ceño fruncido al verme entrar.

— ¿Dónde estabas, Gregorio?

— Con Astrid, tenía tarea—me excusé—no entendía y pedí su ayuda, recién terminamos.

Ella solo cerró sus ojos dejando caer su cabello marrón sobre su rostro, por mi parte subí corriendo a mi habitación lanzando la mochila a la silla giratoria mientras me metía a la cama.

Capítulo 15

Por la mañana siguiente era la misma típica y tan aburrida rutina cansada, no me gustaba ni un poco, deseaba hacer otro tipo de cosas además de ir al instituto, regresar y quedarme en casa sin hacer nada, quería hacer tantas cosas distintas, como viajar, salir con más personas... ser una persona distinta, y lo era, cada segundo que pasaba no era la misma persona que era el tiempo atrás, los cambios siempre eran constantes, aunque quería otra clase de cambio.

Llegué al instituto y en cuanto entre fui directamente a mi pupitre sin prestar atención de lo que sucedía a mi alrededor, quería perderme del mundo y sabía que aquello no era la solución, ignorar el mundo no era una solución. Me quede mirando mi cuaderno en silencio por unos minutos, sin quitar la mirada, hasta que parpadee mirando todo a mi alrededor, algunas chicas se retocaban su maquillaje, algunos chicos salían a jugar fútbol americano, algunos permanecían en silencio meneando su cabeza mientras escuchaban música, y yo...solo recordaba.

— Gregorio—interrumpió Daniel— ¿Sigues recordándola?

— Sí...—me limite a decir—. No puedo olvidarla, los recuerdos me invaden, ella es egoísta, ella es...

— Toma... fuma... escribe... lo mejor para olvidar.

— Ya lo creo—murmuré, no estaba totalmente de acuerdo, pero aun así asentí— ¿Y si está muerta? Quiero decir, me resisto a pensar en ello porque me visito en la noche, pero ella lo deseaba, y quizás en la madrugada...Definitivamente no.

Daniel no dijo nada, ya había dicho lo que pensaba muchos días atrás. Él continuó hablando, pero yo solo veía solo como movía la boca, no escuchaba sus palabras, en realidad no me importaban, para cuando Daniel lo comprendió solo salió a jugar Soccer, y para mí era mejor, al menos podía pensar, que sonaba bastante estúpido, y era lo que menos quería hacer. Parpadee un par de veces y mire a mí alrededor; todos viviendo y yo muriendo, pero había alguien en específico que se observaba bastante bien: Adán, quien leía con la mirada un libro que me había llamado mucho la atención tiempo atrás, y además que Adán no se pudiese considerar alguien que le gustase leer. El libro era Durmiendo en el suelo.

«— ¿Qué piensas de esas siete pastillas? —cuestione, ella volteo a verme una vez más con el ceño fruncido, supongo que no tenía ni idea de lo que hablaba —. Lo que dice el libro —señale, ella leyó en voz baja. — ¿Si... te

matan?

¿Piensas suicidarte con pastillas? —Me sonrió, yo solo mantuve el rostro serio —Todo depende de qué tipo de pastillas utilices, aunque si lo piensas bien son las suficientes.»

— Adán—grite, varias personas voltearon a ver, aunque se voltearon al momento— ¿Acaso ese libro es Durmiendo en el suelo?

Él asintió con una sonrisa.

— Una recomendación de Galilea. Uno de sus libros favoritos.

Mi corazón pálpito, era extraño.

— ¿Cómo lo sabes? —pregunte sin expresión alguna en mi rostro.

— Ella me lo dijo.

Todo el mundo debe continuar con su vida y lo sé, pero Galilea, ella con Adán. Estaba decepcionado. Decidí no hablar más, solo suspire y regrese a mi postura, y así pasaron horas, tratando de disimular que me encontraba bien, aunque claro, no lo lograba, para mí era bastante complicado aquello.

Para cuando salí de clases fui directamente a «algún sitio», como siempre, esperaba encontrarme con lo mismo, todo lleno de hiervas y un profundo silencio, pero mis suposiciones son erróneas, al llegar me detengo en la puerta, escucho con atención, se escuchaban notas de alguna canción clásica acompañada de risas y carcajadas. Decido mirar al suelo, se miran siluetas bailando, abrí la puerta con silencio, no quería suponer nada que no fuese cierto hasta que... ¡mierda!, ella estaba ahí, Galilea estaba ahí, acompañada de Adán.

Galilea voltea a mirarme, sus labios curvados me miraron con cinismo.

— Gregorio...—las risas, la música, el mundo se detiene, bien pareciese que solo estamos ella y bien, pero no todo era como lo deseaba—Disculpa—le dijo a Adán mientras se acercaba a mí, alejándose lo suficiente de Adán—. Te dije que no me buscaras más, yo no te molesto cuando estás con Astrid, tu no lo hagas—yo no sabía que decir—, como sea, hay cosas que quiero resolver contigo, te veré esta noche a las nueve cuarenta y cinco en el café italiano.

— Tú sabes que no te puedo olvidar—susurre—. Te veré allá.

Era un completo estúpido, estaba mal, me sentía un idiota, aunque Astrid tenía completamente razón, Galilea y yo no éramos absolutamente nada, esa era la palabra perfecta para definirnos, pero aun así me empeñaba en molestarla.

En cuanto me doy media vuelta ellos continúan riendo, no lo soporto y decidí salir. No soportaba mirarle feliz junto a Adán, y era egoísta, bastante, porque después de todo ella merecía felicidad a como diera lugar.

Llegue a casa, hice un poco de tarea y dormí y al despertar salí lo más rápido que pude con mi mochila en hombros, camine al lugar donde ella me había citado, no estaba muy lejos de casa y aquello me agradaba. Al llegar y entrar al lugar con aires de los sesentas, no era mi lugar favorito, pero me parecía agradable.

Con la mirada trate de buscarle y no está por ninguna parte, en realidad no me sorprende ni un poco. Para perder el tiempo decidí sentarme en la barra y al menos contemplar el menú que se encontraba en la parte superior de la pared.

— ¿Vas a llevar algo? —pregunto la chica castaña clara detrás de la barra.

Me lo pensé unos segundos, recordaba un comentario que había escuchado: «si has llegado al lugar y no hay nadie, espera quince minutos sin pedir nada. Pasando ese tiempo si no llega esa persona tienes dos opciones; irte o pedir algo mientras sigues esperando».

— Ahora no—respondí.

Ella subió los hombros con una sonrisa en su rostro dando media vuelta y atendiendo a otra persona.

Y pasaron los quince minutos, y más tiempo, ella no apareció. Había sido un gran error decidir esperarla, ella estaba haciendo su vida, intentando ser feliz. No pedí nada y salí del sitio. Fuera, había una gran tormenta que me había causado regresar a la realidad.

Al salir de la cafetería solo subí el gorro de mi sudadera, intentando cubrirme de la lluvia, pero aun con eso me había empapado, al llegar a la puerta de mi casa, me lo pensé por segundos, conocía a mi madre, ella me protegía mucho, por lo que no toleraría verme así, no tuve más opción que ir a la casa de Astrid. Toque a la puerta y espere unos segundos hasta que ella apareció frente a mí abriendo sus ojos azules.

— Gregorio...—Ella no hizo más que abrir la boca mostrando un poco

sus dientes—. Pasa.

Agradecí en silencio mientras pasaba, ella camino deprisa a por toallas y al llega intente secarme el cabello y un poco la ropa.

— ¿Qué hacías fuera? —Preguntó sin quitar la mirada de mí—. Es tarde y está lloviendo.

Seguía secándome el rostro, suspiré con fuerza y la miré, las palabras me quemaban la boca.

— Esperaba a Galilea—sus cejas se entrecerraron mostrando curiosidad—. Soy un estúpido, no es más que un círculo vicioso y toxico. Hoy por la tarde vi a Galilea, ella me citó en el café italiano, se supone que hablaríamos. Yo quería saber todo, pasaron más de quince minutos, y ella no llegó. He sacado conclusiones y creo que ella olvida rápido, ahora sale con Adán y no me quiere más en su vida.

Volvió a mirarme, parecía que no comprendía lo que pasaba.

— Creo que no me entiendes...

— Te entiendo, Gregorio... lo entiendo, pero...

— Le vi leyendo un libro, pregunte lo que leía, él dijo que era una recomendación de Galilea, ¡SOY UN ESTUPIDO! —grité, ella puso sus dedos en su boca en señal que guardase silencio, lo comprendía, era tarde y sus padres intentaban descansar—. Fui al lugar donde solíamos vernos... y ellos dos estaban juntos—. Las palabras me quemaban la garganta, el sentimiento no moría, me mataba—. Sé que ya no somos nada, ella me lo dijo ese día, ese mismo día dijo que me amaba.

— Ella no te ama, le gusta ver cómo te destruyes por ella—dijo—. Deja de pensar en ella, en tus sentimientos... te estas arruinando.

— Ojala pudiese apagar todos los pensamientos... apagar lo que siento, pero es casi imposible dejar de pensar en...en todo.

Seguía sin perder la esperanza, no entendía porque seguía conservándola, la esperanza es para ilusos; para los creyentes, no para mí. Adán no merecía el amor de Galilea, él solo era... él. Para cuando ya estaba un poco más seco y la lluvia había cesado me despedí de Astrid y caminé a mi casa, donde mi madre me estaba en el sofá con la taza de café y su ceño fruncido al verme entrar.

— ¿Dónde estabas, Gregorio?

— Con Astrid, tenía tarea—me excusé—no entendía y pedí su ayuda, recién terminamos.

Ella solo cerró sus ojos dejando caer su cabello marrón sobre su rostro, por mi parte subí corriendo a mi habitación lanzando la mochila a la silla giratoria mientras me metía a la cama.

Capítulo 16

Y así pasaron varios días, y probablemente semanas esperando a Galilea en la cafetería a la misma hora todos los días durante varios minutos y en algunas ocasiones eran horas, yo no comprendía mi problema, estaba mal, estaba girando en un círculo vicioso y además toxico que me dañaba por completo.

Era un ingenuo, pero era ir y decepcionarme o no ir y arrepentirme, y ciertamente ambas eran tentadoras.

Durante los días que habían pasado estaba acabando todo dentro de mí, la campana de la entrada que colgaba de la puerta para anunciar un nuevo cliente o la salida de este había vuelto a sonar, y como todos los días la ignoraba, como todos dentro del establecimiento, nadie posaba la mirada en las personas que estaban, se encontraban centrados en sus pensamientos, leyendo algún libro de poesía o simplemente mirando a la nada. Al ver las personas que ignoraban el mundo camine directo a la barra, me entregaron un menú y no pedí nada hasta que sea la hora adecuada.

No hice nada más que mirar el menú con los bajos precios en las bebidas mientras pasaba el tiempo, y al pasar los quince minutos las carcajadas de unas chicas me hicieron voltear a ver lo bien que se sentía sentirse vivo. Y ella estaba ahí, con su tan típica falsa sonrisa que me hacía suspirar. La misma chica que atiende el horario de madrugada me pregunta si quiero algo y respondo con un simple —Té negro, por favor.

Al menos así tendría un pretexto para seguir escuchando su risa, para mirarla de reojo mientras caminaba a una mesa en conjunto con sus sillones rojos escarlata. Varias chicas que no conocía se acercaron a hablar conmigo, sus conversaciones eran simples: ¿cuál es tu nombre? ¿Te he visto en otra parte? ¿Qué te gusta?, aunque mis respuestas no iban más allá de un sí o un no mientras observaba a Galilea, las chicas al darse cuenta que las ignoro se levantan con sonrisa incomodas y se van mientras susurran algo entre sí, y continúe tomando mi té hasta que lo termine y no hacía más que mover la cuchara dentro del vaso para no tener que pagar e irme. Al ver que las acompañantes de Galilea se levantan junto con ella no hago más que dejar el vaso con el dinero como pago más una pequeña propina.

Observe a Galilea desde la distancia como les susurraba algo a ellas cuando iban de salida, y después como se acercaba a mí con su resplandeciente sonrisa en el rostro.

— Salgamos de aquí—susurró Galilea al estar frente a mí.

Asentí y juro que en ese momento Galilea Bernal Schell parecía toda una rompe corazones. Al salir caminamos a un lugar donde diese luz, la oscuridad no era el mejor aliado en ese momento.

— Te amo—dijo ella sin expresión alguna en su rostro intentando besarme, la detuve sosteniendo sus hombros mientras yo cerraba los ojos. También quería besarla y decirle cuanto la había extrañado y cuanto la amaba, pero no, esa vez solo quería hablar.

— ¿Por qué Galilea? —comencé a hablar, después de todo se sentía bien.

— No te entiendo...

Tomé mi barbilla con rapidez tratando de respirar.

— ¿Por qué dices amarme si sales con Adán? ¿Por qué dices algo que no sientes? ¿Por qué...? —Y mi voz se cortó, las palabras dolían sentía fuego pasar por toda mi faringe.

Pude percibir como ella tragaba saliva, incluso sus labios titubeaban.

— Te mereces a alguien que te amé con cada latido de su corazón... no él—murmuré para después dar un golpe con los nudillos en la pared, ardía, pero el dolor había sido opcional.

— Todos merecen una oportunidad para amar y ser felices—expresó, no se acercó a ver como sangraban mis nudillos—. Pero yo te amo a ti.

—¿No amabas al hombre del bar?

—Pasaron cosas, Greg. Él ya no quiere verme más—su voz se cortó, y ahí sentí como mis palabras cayeron, una vez había dicho que las personas no éramos opciones, pero ella me tomaba como una—. Pero te amo a ti, y quiero que Adán sea feliz, y también quiero que lo seas tú.

— ¿Y tú felicidad qué? ¿Qué hay de esta?

Otro trago de saliva.

— Mientras los demás sean felices a mí me viene dando igual...

— ¡Ese es tu maldito problema! —Gruñí—. Prefieres la felicidad del resto sin importar el daño que te hayan hecho... Necesitas amor propio, necesitamos una gran dosis de amor propio, necesitamos ser egoístas y

también pensar en nosotros...

— Bien—Ella recogió su cabello que estaba en su frente—. Yo no he venido por pequeñas clases de autoestima de alguien que no lo tiene... Yo solo vine a... pedir disculpas. Disculpa por no haber demostrar cuanto te amaba; Disculpa por no responder miles de mensajes aun cuando ya los había leído; Disculpa por haber huido y haber roto tu corazón; Disculpa por permitir la distancia; Disculpa por haberte olvidado; Disculpa por haber hecho promesas que no cumplí aun sabiendo que las detesto; Disculpa por no amarte al principio como tanto lo dije; Disculpa por no haber luchado más por nuestro amor; Disculpa por haberte engañado de mil maneras sin pensar en el daño que te hacía. Disculpa por lo que paso, aunque no fue mi culpa, yo no quería, empezaron a entrar uno, después otro y...conté hasta siete personas ahí. Disculpa por las mentiras, porque son muchas y muchas no se han resuelto y tampoco espero se resuelvan; me gusta mi vida de mentira donde mi madre está muerta por una enfermedad terminal y donde yo estoy bien, donde no tengo un hermano que pasa su vida en drogas.

Guarda silencio, días atrás me había imaginado una discusión entre nosotros dos, pero jamás algo así, no tenía que decir.

— Yo te entiendo si tú me odias... al final yo también lo haría—murmuró con la cabeza gacha—. Esto solo consiste en un drama y estoy cansada de ellos, yo me voy, tu sufres, vuelvo y la agonía continua, yo..., a mi alma le falta inspiración, siento solo que mi vida es un drama, una obra que no tuvo éxito en taquilla, pero se repite y se repite y se repite porque no tienen más producción y no puedo más con esto, tiene que cambiar—ella suspiró con fuerza—. La gente me dice que debo ser feliz porque tengo todo, pero yo me siento vacía, sola, triste... Y si esta es la última vez que nos vemos quiero que estemos bien, que me hayas perdonado.

No hice nada más que mirar mis nudillos.

— Adiós—dijo.

— ¿Adiós?

— Sí, adiós. Pague la deuda de mi hermano, él ya se fue a la capital ahora me iré yo. Te prometo que este si es un adiós, o amenos que cuando vayas a la ciudad nos encontremos.

— Promesas...—farfullé—las odio.

Galilea no hizo nada más que volver a bajar la mirada, ella sabía

porque, había más de un millón de razones para odiarlas.

— Si hay una llamada en tu móvil, atiéndela, puede ser importante, probablemente te cuente que ya llegue a la ciudad o algo... Adiós... y, por cierto, Gregorio, abrígate, hace frío.

Y ella hizo lo mismo que siempre, salió corriendo sin esperar mi respuesta. Me preocupaban sus palabras ¿Una llamada? ¿A qué se refería en realidad? A decir verdad, no me importaba, no quería saber más, esa era mi oportunidad de superar a Galilea, de salir de aquel círculo vicioso que me dañaba, si ella se iba a la capital la superaría, aunque probablemente yo también me iría después, pero procuraría no buscarla más. Seguí caminando por las oscuras calles y segundos antes de abrir la puerta de mi casa no hice nada más que bajar las mangas de mi sudadera escondiendo los nudillos heridos. Deseaba que nadie me viese así, no mi madre, no Astrid, ¿pero que había de ella, de Galilea? Ella... no sabía que pensar. Al entrar a casa observo a mi madre en el mismo sitio que había estado los días anteriores, fulminándome con la mirada bajo sus anteojos.

—Ya era hora, ¿no?

Asentí sin decir ni una palabra caminando al baño a curarme y después ponerme un par de vendas que creía era suficiente, al menos por unos días.

Capítulo 17

Ese mismo día del entierro de Galilea llegué a casa y mi madre se encontraba preocupada, incluso pude notar su rostro sereno al verme entrar.

—Gregorio... te he buscado desde la mañana, no estabas... no me avisaste... Dios—susurró—. Me asusté mucho.

—Mamá...—suspire con fuerza intentando pensar que esto jamás sucedió, que Galilea y los buenos momentos que tuvimos en la vida jamás sucedieron, me trague el nudo en la garganta y me mantuve sereno, no podía, de verdad necesitaba llorar más—. Estoy bien.

Mentí, era lo único que podía decir para evitar preocuparle, en el fondo la quería, ella me abrazó con fuerza, podía sentir como se reparaba una parte de mi alma, realmente los abrazos tienen su cura mágica. Lloré mientras ella me abrazaba, lloré y lloré porque era lo único que podía hacer, y sabía que las lágrimas no repararían lo hecho o me harían viajar en el tiempo para evitar aquello, yo solo quería llorar. Al terminar el abrazo subí a mi habitación donde estuve un buen tiempo.

Unos días más tarde Daniel entró a mi habitación, todo era cuestión de suponer.

—Cada día estas más pálido, deberías salir un poco al sol, sé que no es fácil un duelo... pero, ella no era nada de tu familia, no veo por qué sufrir tanto.

No era de mi familia, pero la amaba y eso era lo que importaba, lo único.

No había ido a la preparatoria varios días, no hacía nada más que quedarme a ver el techo blanco de mi recámara, sin abrir siquiera las cortinas o hacer la cama, no me apetecía nada de eso, no tenía ganas, solo quería dormir, hasta que una llamada del instituto llegó informando que había faltado.

—No entiendo que te pasa...—levantó la voz—yo me voy al hospital creyendo que tu estas allá, estudiando, pero solo estas en casa... sin hacer nada. Soy tu madre y me preocupo por ti, no eres una decepción para mí, nunca lo serás Greg, pero no soporto verte triste, sin ganas de hacer nada.

—Bien, en todo caso iré a dormir. Tienes razón—sonreí falsamente—... pero estoy bien, te juro que estoy bien, no tiene sentido ir, la universidad

me acepto, han dado los resultados está semana.

Subí con paso acelerado a mi habitación directamente a dormir, era lo único que quería, ni siquiera los resultados de la universidad que habían importado aun cuando había sido mi sueño, ahora no eran más que sentimientos vacíos y llenos de culpa, a la mañana siguiente me levante, tome un baño, para cuando salí de este me mire en el espejo, Daniel tenía razón, mi piel estaba más pálida cada vez y llevaba unas terribles ojeras, abrí el closet y tomé una sudadera azul oscuro, voltee mi cuerpo y visualice a Galilea sobre mi cama sonriendo sin dejar de mirarme.

—Pareces un zombie, desastre—Volvió a sonreír—. Si no me crees puedes verte en un espejo.

—Galilea...—Cerré los ojos golpeando mi cabeza contra la madera del closet, por supuesto que no era ella, yo la había visto muerta—, no sé porque sigo creyendo que tú estás viva, incluso te hablo de tú como si estuvieras aquí en presencia tangible cuando sé que no.

Tome la mochila y apresure el paso al instituto y además olvidar el hecho pasado, al entrar al aula varios de mis compañeros me miraron, supongo que era raro que yo apareciera muchos días después hecho un desastre. Astrid me sonrió con lastima sin acercarse a mí. Y así pasaron horas en la que los que se sentaban a mi alrededor me ignoraban, escuchar las risas, bromas y demás no era ni un poco agradable aun sabiendo que ella ya no estaba ahí, y que absolutamente a nadie parecía importarle y suena bastante lógico, una vez fingió su muerte, una segunda vez: nadie lo creería —aunque esa vez no fuese mentira—.

Duele no olvidarle. Duele saber que no la pude salvar como era mi propósito. Duele seguir amándola, porque el peor de los casos es amar a alguien que se sabe que no volverá, o aún peor; que está muerto. Me sentí atraído por ella desde el primer día que entré a aquel instituto nuevo, no podía considerarlo como amor o enamoramiento al momento, pero aquello cambio más de lo que hubiese deseado. A muchos les aterraba hablar con ella, la consideraban una persona muy rara, además de los adjetivos que la calificaban como la peor, pero yo... yo era feliz haciéndolo, amaba hablar con Bernal Schell.

Y ahí había aprendido que el amor no duele, duele el olvido, duele la melancolía, duelen las pérdidas y el amor es lo único que nos salva.

Al regresar a casa yo no hice nada más que mantener la cabeza gacha, ni siquiera era capaz de ir a algún sitio, porque temía que el recuerdo de Galilea me rodeará. Al llegar a la puerta de mi casa el sonido de una suave voz me hizo levantar el rostro, era Astrid quien mencionaba mi

nombre.

— ¿Todo bien? —preguntó, por mi parte asentí sin una sola palabra—
¿Te apetece hablar?

— ¿De qué?

—De algún tema varió—levantó sus hombros mientras sus labios formaban una línea —...no sé, las estrellas, quizás.

Las estrellas... La esfera luminosa de plasma, la que nace con el colapso gravitacional de una nebulosa compuesta de hidrogeno, helio y elementos pesados.

—Galilea y yo hablamos una vez sobre estas... ella amaba las estrellas y mirar el cielo y la ciudad, creí que las estrellas eran personas que no cumplieron su sueño en vida... si solo la hubiese ayudado... Yo sabía que ella sufría, ella realmente lo hacía... no entiendo porque por mi maldito cerebro no paso la idea de ayudarla—suspire —... si lo hubiese hecho ella no estaría muerta.

Ella frunció el ceño mirándome, sus pupilas se dilataban con velocidad.

— ¿Habías visto sus piernas alguna vez?

Lo mire con confusión, no entendía lo que quería decir, quizás sólo se estaba confundiendo.

— ¡Por Dios, Astrid! No...

—No se trata de eso—refunfuño—. Sólo la vi una vez y el vestido que llevaba era demasiado corto para mirarle las tantas cicatrices que llevaba en las piernas... ella tomaba una navaja y se rasgaba las piernas, no estoy segura, pero es lo más fácil de suponer. Tenía quemadas sus piernas y llena de moretones. Además ¿te platicó en algún momento porque se sentía así?

Ella apagaba los cigarros en sus piernas, era lógico.

—Yo realmente quería ayudarla, pero tienes razón, nunca hablo de su vacío o...de lo que le hicieron—informe sus palabras agachado la cabeza y cuando volví a levantar esta volví a ver sus pupilas expandiéndose mientras me miraba.

— ¿Sabes? —Levantó su voz, la que en algún momento creí que solo eran susurró— ¡Estoy harta! Ha pasado un mes y comprendo que no se olvida de la noche a la mañana, pero nuestras cortas conversaciones sólo

son sobre ella. Somos tú y yo. No Galilea, tú y yo.

A ella parecía importarle, pero a mí me venía dando igual, no hice más que quedarme viendo cómo ella daba media vuelta y regresaba su casa cerrando la puerta con un portazo, por mi parte no hice más que ir dentro de la casa mientras me dirigía a abrir alguna botella de licor caro que mi madre había conservado de mi abuelo era seguro que ella ni siquiera lo notará y subí a mi habitación, rompería la segunda condición de Galilea, pero ella no lo sabría y nunca me presentaría a la chica para apoyarme en la física. El cuarto seguía completamente igual; cortinas y ventanas cerradas y la cama hecha un desastre.

Camine a sentarme a la silla giratoria abriendo un poco la cortina mientras tomaba en mis manos una foto de Galilea. Levante la mirada viendo a Galilea recargada sobre el escritorio mirando mis manos. Dios...

—¿Por qué sigues guardando mi fotografía, Gregorio? Tírala, solo te atormenta.

—¿Por qué me atormentas así?

Me pareció que ella sonrió.

Ignore el hecho de que mi mente estaba recreando su recuerdo. Galilea decía que no le gustaban las fotos, sin embargo, su padre tenía una caja de madera llena de éstas. A Galilea no le gustaban las fotos, pero siempre que veía una cabina fotográfica tomaba un par de fotos y las dejaba ahí a propósito porque decía que era divertido ver a las personas intentando adivinar porque las dejaban ahí, pero mi verdadera sospecha era que ella no quería ser olvidada y mientras alguien tuviera la fotografía de su rostro sin saber quién era, nunca sería olvidada.

No me había dado cuenta del momento en el que me había quedado dormido, incluso la foto de Galilea se mantenía en el suelo, levante la mirada y con un bostezo mire como Astrid se mantenía frente a mí con el rostro serio, después se inclinó para recoger la foto de Galilea mientras la observaba fijamente.

—Mira vengo a disculparme—pasó a mirarme—. Es molesto lo que haces, no dejas de pensar en ella y para mí viene siendo igual de incómodo, no sales de casa, te encuentras mal, aquí y en clases, pero también me siento egoísta al pensar así, ella merecía ayuda—soltó aire y volvió a mirar la foto que traía entre sus manos—. ¿Algún día podrás superarle?

—Astrid—musite con mi voz completamente neutra—. Lo cierto es que jamás podré quererte a ti o a alguien más como lo hice con ella. Mi corazón, mis sentimientos se los llevo Galilea cuando murió, quizás

llámame dramático, pero lo siento así.

Observe como sin decir nada cerraba los ojos y me devolvía las fotos, todo estaba completamente en silencio que incluso se podía escuchar como tragaba saliva.

—Será mejor que me vaya—finalizó dando media vuelta y cerrando la puerta con cuidado.

Capítulo 18

Ese mismo día del entierro de Galilea llegué a casa y mi madre se encontraba preocupada, incluso pude notar su rostro sereno al verme entrar.

—Gregorio... te he buscado desde la mañana, no estabas... no me avisaste... Dios—susurró—. Me asusté mucho.

—Mamá...—suspire con fuerza intentando pensar que esto jamás sucedió, que Galilea y los buenos momentos que tuvimos en la vida jamás sucedieron, me trague el nudo en la garganta y me mantuve sereno, no podía, de verdad necesitaba llorar más—. Estoy bien.

Mentí, era lo único que podía decir para evitar preocuparle, en el fondo la quería, ella me abrazó con fuerza, podía sentir como se reparaba una parte de mi alma, realmente los abrazos tienen su cura mágica. Lloré mientras ella me abrazaba, lloré y lloré porque era lo único que podía hacer, y sabía que las lágrimas no repararían lo hecho o me harían viajar en el tiempo para evitar aquello, yo solo quería llorar. Al terminar el abrazo subí a mi habitación donde estuve un buen tiempo.

Unos días más tarde Daniel entró a mi habitación, todo era cuestión de suponer.

—Cada día estas más pálido, deberías salir un poco al sol, sé que no es fácil un duelo... pero, ella no era nada de tu familia, no veo por qué sufrir tanto.

No era de mi familia, pero la amaba y eso era lo que importaba, lo único.

No había ido a la preparatoria varios días, no hacía nada más que quedarme a ver el techo blanco de mi recámara, sin abrir siquiera las cortinas o hacer la cama, no me apetecía nada de eso, no tenía ganas, solo quería dormir, hasta que una llamada del instituto llegó informando que había faltado.

—No entiendo que te pasa...—levantó la voz—yo me voy al hospital creyendo que tu estas allá, estudiando, pero solo estas en casa... sin hacer nada. Soy tu madre y me preocupo por ti, no eres una decepción para mí, nunca lo serás Greg, pero no soporto verte triste, sin ganas de hacer nada.

—Bien, en todo caso iré a dormir. Tienes razón—sonreí falsamente—... pero estoy bien, te juro que estoy bien, no tiene sentido ir, la universidad

me acepto, han dado los resultados está semana.

Subí con paso acelerado a mi habitación directamente a dormir, era lo único que quería, ni siquiera los resultados de la universidad que habían importado aun cuando había sido mi sueño, ahora no eran más que sentimientos vacíos y llenos de culpa, a la mañana siguiente me levante, tome un baño, para cuando salí de este me mire en el espejo, Daniel tenía razón, mi piel estaba más pálida cada vez y llevaba unas terribles ojeras, abrí el closet y tomé una sudadera azul oscuro, voltee mi cuerpo y visualice a Galilea sobre mi cama sonriendo sin dejar de mirarme.

—Pareces un zombie, desastre—Volvió a sonreír—. Si no me crees puedes verte en un espejo.

—Galilea...—Cerré los ojos golpeando mi cabeza contra la madera del closet, por supuesto que no era ella, yo la había visto muerta—, no sé porque sigo creyendo que tú estás viva, incluso te hablo de tú como si estuvieras aquí en presencia tangible cuando sé que no.

Tome la mochila y apresure el paso al instituto y además olvidar el hecho pasado, al entrar al aula varios de mis compañeros me miraron, supongo que era raro que yo apareciera muchos días después hecho un desastre. Astrid me sonrió con lastima sin acercarse a mí. Y así pasaron horas en la que los que se sentaban a mi alrededor me ignoraban, escuchar las risas, bromas y demás no era ni un poco agradable aun sabiendo que ella ya no estaba ahí, y que absolutamente a nadie parecía importarle y suena bastante lógico, una vez fingió su muerte, una segunda vez: nadie lo creería —aunque esa vez no fuese mentira—.

Duele no olvidarle. Duele saber que no la pude salvar como era mi propósito. Duele seguir amándola, porque el peor de los casos es amar a alguien que se sabe que no volverá, o aún peor; que está muerto. Me sentí atraído por ella desde el primer día que entré a aquel instituto nuevo, no podía considerarlo como amor o enamoramiento al momento, pero aquello cambio más de lo que hubiese deseado. A muchos les aterraba hablar con ella, la consideraban una persona muy rara, además de los adjetivos que la calificaban como la peor, pero yo... yo era feliz haciéndolo, amaba hablar con Bernal Schell.

Y ahí había aprendido que el amor no duele, duele el olvido, duele la melancolía, duelen las pérdidas y el amor es lo único que nos salva.

Al regresar a casa yo no hice nada más que mantener la cabeza gacha, ni siquiera era capaz de ir a algún sitio, porque temía que el recuerdo de Galilea me rodeará. Al llegar a la puerta de mi casa el sonido de una suave voz me hizo levantar el rostro, era Astrid quien mencionaba mi

nombre.

— ¿Todo bien? —preguntó, por mi parte asentí sin una sola palabra—
¿Te apetece hablar?

— ¿De qué?

—De algún tema varió—levantó sus hombros mientras sus labios
formaban una línea —...no sé, las estrellas, quizás.

Las estrellas... La esfera luminosa de plasma, la que nace con el
colapso gravitacional de una nebulosa compuesta de hidrogeno, helio y
elementos pesados.

—Galilea y yo hablamos una vez sobre estas... ella amaba las
estrellas y mirar el cielo y la ciudad, creí que las estrellas eran personas
que no cumplieron su sueño en vida... si solo la hubiese ayudado... Yo
sabía que ella sufría, ella realmente lo hacía... no entiendo porque por mi
maldito cerebro no paso la idea de ayudarla—suspire —... si lo hubiese
hecho ella no estaría muerta.

Ella frunció el ceño mirándome, sus pupilas se dilataban con
velocidad.

— ¿Habías visto sus piernas alguna vez?

Lo mire con confusión, no entendía lo que quería decir, quizás sólo se
estaba confundiendo.

— ¡Por Dios, Astrid! No...

—No se trata de eso—refunfuño—. Sólo la vi una vez y el vestido que
llevaba era demasiado corto para mirarle las tantas cicatrices que llevaba
en las piernas... ella tomaba una navaja y se rasgaba las piernas, no
estoy segura, pero es lo más fácil de suponer. Tenía quemadas sus
piernas y llena de moretones. Además ¿te platicó en algún momento
porque se sentía así?

Ella apagaba los cigarros en sus piernas, era lógico.

—Yo realmente quería ayudarla, pero tienes razón, nunca hablo de su
vacío o...de lo que le hicieron—informe sus palabras agachado la cabeza y
cuando volví a levantar esta volví a ver sus pupilas expandiéndose
mientras me miraba.

— ¿Sabes? —Levantó su voz, la que en algún momento creí que solo
eran susurró— ¡Estoy harta! Ha pasado un mes y comprendo que no se
olvida de la noche a la mañana, pero nuestras cortas conversaciones sólo

son sobre ella. Somos tú y yo. No Galilea, tú y yo.

A ella parecía importarle, pero a mí me venía dando igual, no hice más que quedarme viendo cómo ella daba media vuelta y regresaba su casa cerrando la puerta con un portazo, por mi parte no hice más que ir dentro de la casa mientras me dirigía a abrir alguna botella de licor caro que mi madre había conservado de mi abuelo era seguro que ella ni siquiera lo notará y subí a mi habitación, rompería la segunda condición de Galilea, pero ella no lo sabría y nunca me presentaría a la chica para apoyarme en la física. El cuarto seguía completamente igual; cortinas y ventanas cerradas y la cama hecha un desastre.

Camine a sentarme a la silla giratoria abriendo un poco la cortina mientras tomaba en mis manos una foto de Galilea. Levante la mirada viendo a Galilea recargada sobre el escritorio mirando mis manos. Dios...

—¿Por qué sigues guardando mi fotografía, Gregorio? Tírala, solo te atormenta.

—¿Por qué me atormentas así?

Me pareció que ella sonrió.

Ignore el hecho de que mi mente estaba recreando su recuerdo. Galilea decía que no le gustaban las fotos, sin embargo, su padre tenía una caja de madera llena de éstas. A Galilea no le gustaban las fotos, pero siempre que veía una cabina fotográfica tomaba un par de fotos y las dejaba ahí a propósito porque decía que era divertido ver a las personas intentando adivinar porque las dejaban ahí, pero mi verdadera sospecha era que ella no quería ser olvidada y mientras alguien tuviera la fotografía de su rostro sin saber quién era, nunca sería olvidada.

No me había dado cuenta del momento en el que me había quedado dormido, incluso la foto de Galilea se mantenía en el suelo, levante la mirada y con un bostezo mire como Astrid se mantenía frente a mí con el rostro serio, después se inclinó para recoger la foto de Galilea mientras la observaba fijamente.

—Mira vengo a disculparme—pasó a mirarme—. Es molesto lo que haces, no dejas de pensar en ella y para mí viene siendo igual de incómodo, no sales de casa, te encuentras mal, aquí y en clases, pero también me siento egoísta al pensar así, ella merecía ayuda—soltó aire y volvió a mirar la foto que traía entre sus manos—. ¿Algún día podrás superarle?

—Astrid—musite con mi voz completamente neutra—. Lo cierto es que jamás podré quererte como lo hice con ella. Mi corazón, mis sentimientos se los llevo Galilea cuando murió, quizás llámame dramático, pero lo

siento así.

Observe como sin decir nada cerraba los ojos y me devolvía las fotos, todo estaba completamente en silencio que incluso se podía escuchar como tragaba saliva.

—Será mejor que me vaya—finalizó dando media vuelta y cerrando la puerta con cuidado.

Capítulo 19

Astrid

Dolía ver a Gregorio en la situación en la que estaba, era cierto, solía ver a alguien a quien le había tomado un poco de aprecio, él intentaba continuar con su vida, pero le era casi imposible seguir. Durante aquellos días había logrado alejarme de mi obsesión con Jamie, quien era mi exnovio y estaba segura que no quería saber más de mi vida, en cierta parte habría dicho que yo tampoco... al menos ya no miraba su perfil cada noche desde un par de días atrás, pero aquella vez sí lo hice. Lo cierto es que no debería importarme nada de su vida.

No debería, pero lo hacía.

Tomé el celular y busque su contacto, y aquella vez sí llamé, no tenía ni idea de que iba a decir, no tenía idea si mis palabras saldrían de mi boca o me quedaría como idiota, pero nada costaba intentarlo.

— ¿Hola? — preguntó a través de la bocina, estaba nerviosa, mi mano izquierda no dejaba de temblarme, incluso la sonrisa en mi rostro me delataba, estaba nerviosa pero emocionada.

— Hola—respondí con un nudo en la garganta.

— ¿Quién eres? — cuestionó, mi ceño se frunció, sí que era para sentirse mal, quizás solo me había equivocado, y...— ¿Astrid? — volvió a preguntar un poco molesto, asentí como si pudiese verme—. Lo siento he borrado tu número, no lo necesitaría más.

Fue como una puñalada para mí, pero era justo, yo hubiese hecho lo mismo, pero no lo hice, siempre creí que sería necesario conservarlo.

— Te entiendo...

Me interrumpió.

— ¿Por qué has llamado? — preguntó.

No tenía ni idea de que decir, no sabía la razón por la que le había llamado, incluso estaba pensando colgar antes de que fuese tarde y preguntará más.

— He llamado porque quiero disculparme—suspiré—sé que no merezco el perdón de nadie ahí, ni el tuyo ni el de Viveca—me detuve en segundos pensando en ellos—. Debía de hacerlo antes, pero no tenía el valor porque

me sentía mal.

—Al menos tienes el valor.

— Yo quería encajar—musité.

—Yo no soy de las personas que juzga o si se preocupa si tienes dinero o no, me da igual, pero eso a ti no.

—¿Podríamos vernos para poder hablar?

Tardó unos segundos en contestar, solo escuchaba sus suspiros, temía una respuesta contraría a la que esperaba, mi corazón no podía dejar de latir, incluso llevaba las palmas sudorosas

— Está bien.

— Hoy en el café italiano a las seis con quince—puntualice antes de que él colgara.

Conocía el lugar, Gregorio lo había llegado a mencionar por lo que era sencillo de saber, además era el lugar más cercano a donde vivía. No faltaba más que una hora y estaba ansiosa, quería y necesitaba hablar con él.

Había dado la hora y estaba ansiosa, así que sólo tome el abrigo y salí corriendo, todo estaba completamente oscuro así que entre a la cafetería minutos después y él me esperaba en una de las mesas con una bebida sostenida en su mano. Sonreí al verle.

— Astrid—dijo levantándose y escaneándome velozmente con la mirada.

—Lo siento, Jamie—volví a disculparme mientras me sentaba—. Ya te lo dije, yo quería encajar y tener una vida como la de ustedes, pero entre tanto, olvidé quien era y de dónde venía.

—Astrid...—musito.

Recordé lo que había dicho, y era gracioso, vergonzoso, pésimo, no eran más que mentiras, pero de alguna manera tenía que dejar que él se fuese sin que me doliese.

—Lo lamento—añadí—y está bien si me odian o no quieren saber más de mi tú y Viveca, están en su derecho porque yo me lo merezco— intente

aclarar.

— Pero ¿y tú? ¿Qué hay de ti? ¿Tú novia?

Me golpeé mentalmente cuando dije aquello, se supone que no sabía... pero había revisado demasiado su perfil para saber. Él me miró con un gesto raro y asintió.

— Soy más que feliz. Ella es linda, inteligente, hermosa y honesta.

Sentí una puñalada en el corazón, pero era cierto, sabía que era lógico encontrarse siempre a alguien mejor y él lo había conseguido, no estaba celosa, uno debe continuar con su vida, aunque seamos bastante jóvenes.

—¿Qué harás después de la preparatoria? —pregunté.

— Ya sabes, iré a una cara universidad, estudiaré negocios y después me encargaré de las empresas familiares—sonrió—¿y tú Astrid?

—Aplicaré para la universidad estatal, no es como que tenga muchas opciones además de aplicar una beca.

—Estoy seguro que te la darían—rió, yo también lo hice.

—Eso me repito diario.

Seguimos hablando y después de caminar un poco llegué a casa, después de tanta desgracia había llegado un momento de felicidad. Las cosas habían quedado de mejor manera a como estaban y me alegraba recuperar a mis amigos, aunque no lo mereciera.

Gregorio llegaba a asustarme cada segundo más. Ya había pasado más de un mes desde la muerte de Galilea. Y Gregorio iba todas las tardes al cementerio, en su tumba, dejaba flores y hablaba. Admitía que iba a verle sin que me viera algunas veces, y escuchaba que él pretendía hablar con ella, dolía verle así, era extraño, porque él era una persona de buen corazón, a mí también me afectaba, aunque tuviese mis pequeños ratos de felicidad al hablar con Jamie.

Julia, su madre, a quien también le aterraba el comportamiento de Gregorio. Ella no entendía al principio, pero un día me vi obligada a decirle que Galilea había muerto, ella no dijo más que un «ahhh» y continuaba hablando, lo que ella había dicho un día se había vuelto realidad Gregorio no había hablado de nada con su madre y es que no le tenía la suficiente confianza después de todo lo que le decía sobre

ella. Yo sabía que ella estaba feliz, sin embargo, añadió un simple «No lo sabía», como si hubiese ignorado todo lo que le había dicho.

Yo sentía lástima, y es que no había otra palabra para describirlo, me sentía un poco culpable porque en la madrugada mientras ella estaba muerta yo bromeaba sobre tragar un puñado de pastillas y morir, y aunque lo decía jugando me sentía bastante culpable, y aquello no se lo decía a Gregorio, en primera porque no me escucharía y en segunda, me sentiría más culpable

—La superada. Todo el mundo lo supera a su manera—había dicho Viveca acerca de Gregorio, una vez que estuvimos en una mejor atmosfera. Tal vez tenía razón. Pero no entendía de qué forma lo haría.

— Quiero ayudarle..., pero... Viveca, es complicado. Nuestra relación es complicada.

— Ya lo veo—añadió—. Galilea era el amor verdadero de Gregorio, pero Gregorio para ella no lo era... ella quizás lo veía como un juego, o lo amaba de verdad y nunca pudo demostrarlo.

— Es difícil de explicar—dije, refiriéndome a todo lo pasado, era muy difícil de decir—. Creo que puedo volver a salir con Jamie, ya todo está mejor, la tensión.

Era cierto, había hablado con Jamie, pero era diferente, porque después de la diferencia y los rumores no había vuelto a ser lo mismo.

— Astrid—dijo en tono un poco frío.

— No, enserio, creo que de verdad podríamos regresar.

— ¡Estás loca!, arruinaría la relación que tiene con su novia. Además, ¿lo olvidas? Es un idiota, somos idiotas, te juzgamos demasiado rápido, tu ya pediste mucho perdón pero ahora es mi turno porque si no fuéramos tan elitistas tu no hubieras mentido.

— No, Viveca, yo tengo más la culpa en esto que cualquier otro—reí con seriedad— pero ya no importa, solo quiero decirte que sí seguimos llamando a los hombres idiotas llegaremos al punto en el que todos nos parecerán así, quiero decir, no busco más mi príncipe azul, pero no deseo quedarme sola.

—Ya no importa, a mí me da igual, de amor no se vive—añadió en un susurro—. Me iré a dormir, tú también deberías.

Colgó.

Ella tenía razón en muchos aspectos, por no decir todos. Me fui a dormir para reponer las horas de sueño pasadas. Para todo.

Capítulo 20

Como si fuese para menos decidí que la mejor opción era si ir a la universidad, había pasado un par de semanas y había llegado el momento de la graduación, el día que tanto esperaba, y decidí que si era hora de irme de ahí. Solo guarde lo importante, aquello que necesitaba, un poco de ropa y lo más útil, cerré la puerta de la habitación al salir y baje las escaleras, como sea iba a extrañar estar ahí, pero necesitaba el cambio.

— ¿Te vas? —me pregunto Astrid observándome de pies a cabeza, viendo como llevaba una pequeña maleta y mi mochila de hombros.

—No me gustan los cambios, Astrid—anuncie frunciendo la quijada—pero creo que estaré mejor, al menos un tiempo.

—El cambio siempre será bueno, hazlo para un bien.

—Adiós Astrid—dije finalmente mientras seguía caminando.

No espere nada de su parte, no me lo merecía, había sido un cobarde, un idiota... había sido todo lo que no había querido ser en el pasado, si hubiese perdonado a Galilea y hubiera insistido en que fuera a casa conmigo o quedáramos ambos a beber algo en la cafetería o en el bar que solía trabajar, las cosas (incluso en ese momento) serían diferente; todo en ella indicaba que le pasaba algo. Y yo sencillamente había sido demasiado insensible, demasiado despreocupado, me merecía mi muerte y la de ella. Salí de la ciudad. Galilea, la chica más guapa de la ciudad muerta a los dieciocho.